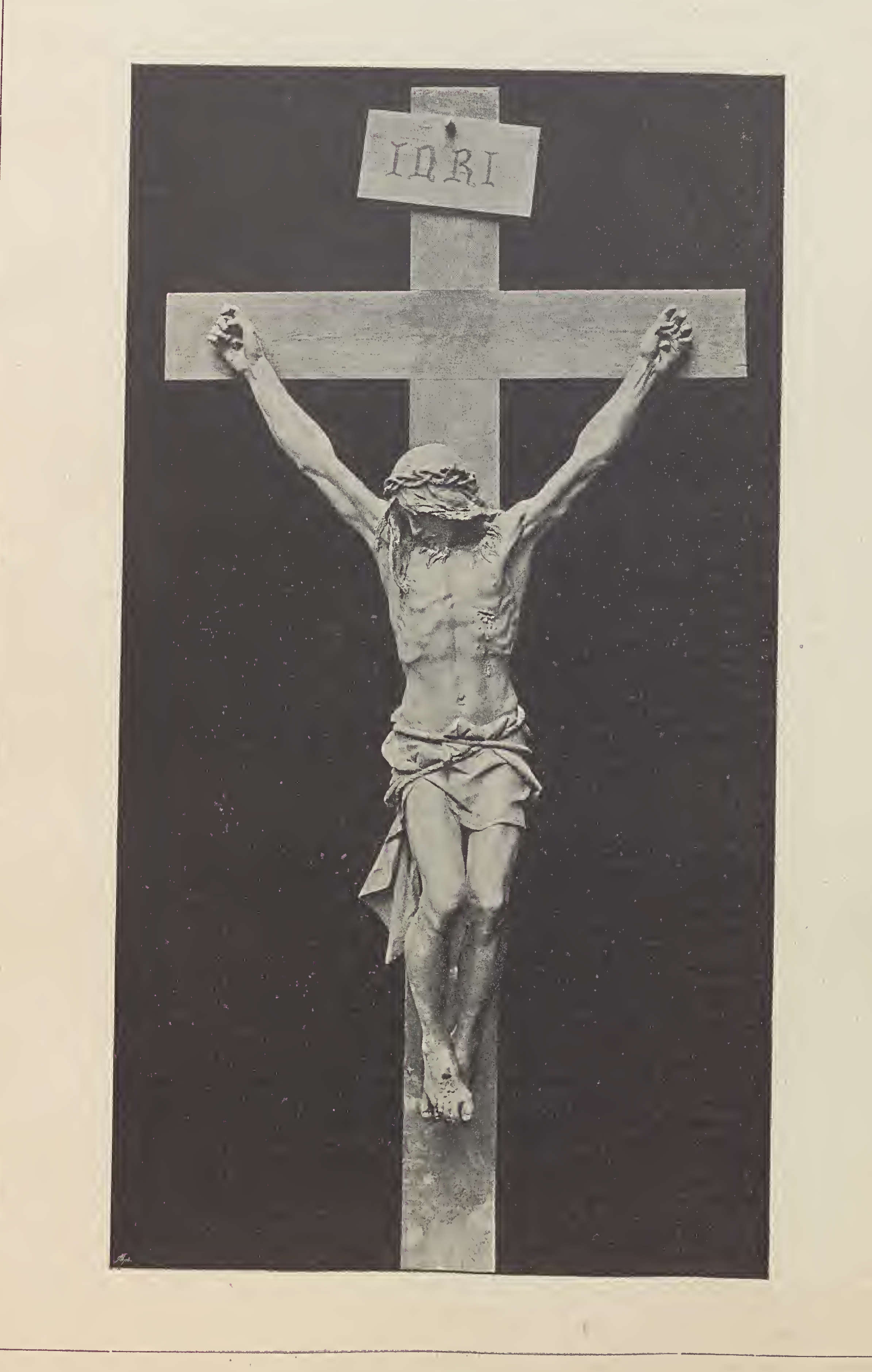
La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 11 DE ABRIL DE 1892 — NÚM. 537



CRISTO escultura de D. Rafael Atché

ADVERTENCIA

Con el presente número acompañamos el prospecto de la nueva edición de las obras ilustradas por Gustavo Doré que publicamos por haberse agotado la primera. Los que deseen mayores detalles pueden dirigirse á esta casa editorial ó á nuestros corresponsales.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Comienzo confesando la dificultad que me ofrece para sintetizarlo el rápido cambio de rumbo del arte. Hace escasamente un año caminábamos hacia los trópicos. Nos acostamos con las pupilas deslumbradas todavía por la fuerza lumínica del sol tropical, que rielaba en el Océano, matizaba de púrpura y oro las nubes, arrancaba vigorosas tonalidades á la exuberante vegetación de la costa, mostraba á la simple inspección ocular, sin velo alguno, así la gallarda silueta del plutoniano islote como la darwiniana forma del habitante, la espiritual figura de la dama mundana como la sucia y torpe del que vive á su costa, la verdad y la mentira; haciéndonos amar la mentira, por ser ésta más fácil y seductora que la primera. Nos acostamos conservando todavía en la retina la imagen de un arte cuya fórmula, emanada de ideas de un positivismo racional, concluyó por encerrarse en el mezquino círculo del determinismo científico, que abarcaba la forma y la idea generadora. Los escasos fulgores de un idealismo incongruente, pero idealismo al fin, no eran bastante para modificar aquella imagen, y nuestro cerebro seguía en sueños, analizando una á una las etapas de la ruta seguida; cuando, al despertar, en lugar de las crudezas del sol de los trópicos, de toda la cohorte de distingos y ergotismos por la casuística impuestos al arte, vimos cómo esta entidad variara de rumbo marchando en línea recta hacia latitudes boreales, en busca de ensueños de lirismos, de melancólicas remembranzas, de formas menos angulosas, de clarobscuro más vago y dulce, de otra atmósfera en fin, donde la forma, la luz y el color concurrieran á velar el lazo de unión de la realidad con el idealismo, del sentimiento con la verdad.

El nuevo rumbo, sin embargo, está trazado hace siglos. He aquí el grave, el capital obstáculo con que tropezará el arte en su marcha. El arte místico de hoy no es aquel de Fiessole de Cimabüe, de Fra-Angelico, del Giotto. Los *trecentiste* y los *quatrocentiste* imitados, como parece que lo son, por los neófitos de la nueva iglesia, resultarán grotesca é infantil caricatura. Ni aun realizada la metamorfosis social del soñador Tolstoi; aun suponiendo un hecho la castración intelectual preconizada por el autor de la *Sonata de Kreutzer* y sus nuevos secuaces; aun suponiendo que el arte haya de ser únicamente moldeado en la turquesa de la doctrina cristiana, el misticismo de los pintores de los siglos XIII, XIV y XV es un absurdo hoy.

Es indudable el hecho de que á la naturaleza vuelve los ojos la generación presente, buscando en ella la salud del cuerpo y las expansiones tranquilas del sentimiento. Está fuera de toda discusión que las determinantes físico-químicas, que rigen los movimientos de la materia, no son aplicables rigurosamente – ni á cien leguas – á las evoluciones psicológicas y á sus fenómenos; y pruébalo bien á las claras la rápida decadencia del servilismo plástico, rama degenerada de aquella estética naturalista que asentó la escuela de la cual Zola es el sumo sacerdote. Por lo tanto, el arte, volviendo por los fueros de la belleza, del sentimiento, de la libertad de la fantasía, que encarcelara la férrea mano del positivismo de la ciencia moderna, rompió en parte el círculo de acero que le había forjado un error de confusión, un error causado por el momentáneo predominio científico, y sin desdeñar las enseñanzas de aquellas ciencias que tiendan á auxiliarle en el conocimiento de lo bello, marcha al presente por rumbo distinto del seguido en estos últimos años.

Es indudable todo esto; pero no lo es menos que el misticismo cristiano, en la forma y en el fondo, no tiene, ni puede tener en nuestros días, la interpretación estética y por ende plástica de aquellos siglos del Santo de Asís, de Lulio, ni siquiera de Santa Teresa. La multiplicidad de ideas y de problemas que agitan y preocupan á la sociedad actual, la vigorosa marcha de las ciencias histórica y crítica, los recientes trabajos cristológicos, nos presentan desde un punto de vista muy distinto del ortodoxo la doctrina del Mártir del monte de las calaveras. Y si el arte, así como todo aquello que á casuísmo se parezca, lo rechaza por ser incompatible con su naturaleza absoluta, así también se apoya, para mejor cumplir su misión de emocionarnos con la belleza, en las verdades incontrovertibles de las ciencias que le auxilian y en las indicaciones, mejor dicho, presentimientos, que siempre marcharon á la descubierta de las grandes ideas, las cuales generalmente son iniciadas – hablo desde el punto de vista de la filosofía del arte – por ese algo llamado, de manera en demasía vaga, inspiración.



MADONA, dibujo de Carlos Froschl

No á otra cosa se debe el brusco cambio de los ideales del arte. Presintieron Morelli, Robert-Fleury, el desconcertado Puvis de Chavannes, Munkasy y algún otro pintor alemán é inglés el rápido ocaso de la pintura servilista, doblemente servilista por el concepto y por la forma, y pintaron asuntos místico-cristianos; pero los pintaron de acuerdo con sus ideas y con sus temperamentos, saturados del ambiente que respiramos, bien distinto del que nutría las inteligencias y hacía latir los corazones de los Mantegna y Chirlandajo. Que así como no concebiríamos en los últimos días del siglo XIX un Pedro el Ermitaño, ó un Abad como el de Claraval, levantando un ejército que fuese á arrancar á Jerusalén del ya tan menguado poder del islamita, ni siquiera aquel hecho á que se refiere el Abad Aimón en su carta á los monjes de Intberga, carta que relata cómo poderosos magnates se uncían á los carros en donde transportaban piedras, cal y maderas para un edificio religioso, así tampoco puede concebirse la producción de las artes plásticas desde el punto de vista que lo vieron los artistas de aquellos siglos. Fáltanos la fe, arrancada de cuajo de nuestras almas por el frío acero del estilete de la moderna crítica.

Esto por lo que á la idea cristiana se refiere. Por lo que atañe á la forma, es preciso confesar que la resurrección de la aprendida por los citados pintores de los siglos XIII, XIV y aun de principios de XV está más distanciada todavía de nuestros ideales estéticos. No en vano acaeció la gran revolución del Renacimiento. Ni es frase vana tampoco la de que el arte aparece como la manifestación más pura de la verdad. El cuerpo humano, si hemos de creer lo que los mismos filósofos cristianos nos dicen, es la obra más perfecta de Dios. En la naturaleza buscaron los hombres los elementos todos para realizar la obra plástica, la tónica, la literaria. Cuando alcanzó el escultor ó el pintor á reproducir el color y la forma con la exactitud suficiente para que produjese su obra la emoción de la realidad, ahondó más, y no se detuvo hasta encontrar la síntesis de esa misma realidad; ya logrado este deseo, dentro siempre del ambiente de cultura de las distintas épocas, hubo de presentir otra belleza, la psíquica. ¡El mundo del espíritu! Las pasiones, las virtudes, las alegrías, el dolor, fueron á avalorar, animándolos, dándoles todavía más apariencia de verosimilitud, las creaciones del cincel, de la paleta, de la pluma. No consideró el artista bastante todo esto. Necesitaba más amplia esfera en que moverse para herir las fibras más hondas del sentimiento, y fué al bosque, á la aldea, á la montaña, á la costa rugiente, á la orilla del lago, en busca de nuevas emociones, de nuevos ideales, de nuevos misterios que descubrir, en busca de un escenario digno por sí solo de elevar nuestro espíritu á las altas regiones donde reside la belleza absoluta.

Dentro de esta constante evolución hacia la verdad – aspiración eterna del hombre – se operaron fenómenos perfectamente naturales; uno de ellos fué de falso espejismo, producido por el carácter positivo de la ciencia del día. Pero ya se inició por presentimiento la desviación del arte del camino que aquélla le trazara. Para este objeto viene el misticismo á luchar con la inmensa mayoría de los artistas que, bien siguiendo la falsa ruta, bien desorientados, no comprende todavía el valor de la nueva tendencia. Pero, como en todas las reacciones, los que las operan no saben más sino que es necesario oponerse á la corriente devastadora, ignorando de qué materiales y de qué forma ha de ser el dique. Y el misticismo imitado es valla construída con materiales hoy de escasa solidez.

La nueva tendencia mística, expresión la más aguda del actual idealismo, tiene dos caracteres, ó mejor dicho, está dividida en dos ramas completamente distintas. Y á su vez una de estas ramas se subdivide en otras dos: una de carácter puramente ortodoxo en el concepto y atávica en la forma, y otra histórico-crítica en lo que atañe á lo primero y *modernista* por lo que á la plástica corresponde.

El otro misticismo es el producido por la tendencia del arte pictórico y escultórico á buscar en la naturaleza lo que la ciencia y lo convencional de la sociedad moderna no le prestan: formas concretas, grandiosas y sencillas. Del barroquismo con todas sus bellezas y múltiples detalles; de la futileza elegante, industrial, que tanto artista deslumbrado copió y estudió; del terciopelo y el cosmético, al *bibelot* y á la flor contrahecha, el arte pasa ahora, sin transición alguna, á interpretar de nuevo la naturaleza, no buscando allí tan sólo la forma en demasía disfrazada por la moda, sí que á recabar para la obra ese vago – no por vago menos sensible – espiritual misterio, que emana de la naturaleza toda y sobre ella flota, como flotaba, según la Escritura, el espíritu de Dios sobre las aguas.

Y vendrá también el simbolismo místico á terciar en esta contienda de los ideales artísticos. Ya lo anuncia incidentalmente cierto perspicaz escritor francés, al ocuparse de la metamorfosis operada en la música y en la literatura teatral por Wagner. Y el simbolismo significará el supremo esfuerzo hecho por el arte moderno tratando de amalgamar lo ideal y lo real, en tal forma, que no se eche de ver el predominio del uno sobre el otro. Vendrá sí, y preparémonos para la más curiosa de las evoluciones estéticas y la más importante y terrible de las reacciones; pues á juzgar por el número de artistas que en Francia y naciones del Norte se pasan con armas y bagajes al nuevo campo y por la animosidad despertada contra el servilismo, las exageraciones, lo ilógico del neofitismo de los místicos que ahora lanzan el grito de guerra, nos llevará por algún tiempo á un caos tremendo que no dejará de ser hasta que no se encuentre la nueva fórmula, que á mi entender está en el artista mismo.

R. BALSA DE LA VEGA

1.° de abril de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

ACONTECIMIENTOS EN EL ESTE

LA GUARNICIÓN DE VARNA SITIADA

Londres, 11 *junio*

El curso de los acontecimientos en el Mar Negro desde que nuestra flota le abandonó, ha sido el siguiente. Parece que apenas la escuadra rusa se vió obligada á retirarse al puerto, las autoridades moscovitas adoptaron seguidamente varias medidas para llamar á las tropas reunidas con el objeto de reforzar las que habían desembarcado ya en Bulgaria. No pudiendo pasar por el mar, eran ya inútiles para ese fin, y esperábase que, enviándolas desde luego á reunirse con los ejércitos opuestos al Austria, se podría librar con buen éxito una batalla contra esta potencia, lo cual permitiría á los rusos cooperar con el ejército que estaba ya en Bulgaria, pasar después á través de Rumania por tierra, y por lo menos prestar apoyo á la fuerza que se hallaba en Bulgaria. Tal vez sería posible en este caso conseguir el fin tan apetecido por el czar, es decir, organizar una expedición bastante numerosa para derrotar por completo al ejército búlgaro. En Rusia se experimentaba mucha ansiedad respecto á la suerte de aquellas tropas, enviadas algo imprudentemente para formar parte de la expedición marítima sin haber adoptado antes medidas para contrarrestar la rápida acción de la flota inglesa.

Pasó algún tiempo antes de que la escuadra rusa, que se había retirado á Sebastopol, tuviera conocimiento de que la flota inglesa no se hallaba ya en el Mar Negro, pues Sir George Tryon creyó oportuno dejar algunos cruceros, mientras fuese posible encubrir el movimiento. Cuando al fin desaparecieron éstos también, se temió que su retirada fuese un ardid para atraer á la escuadra rusa fuera de Sebastopol y destrozarla en el mar. Sentimos decir que por los telegramas dirigidos á los diarios ingleses llegaron á conocimiento del gobierno ruso las noticias de que Trebisonda había sido evacuada, y de que la escuadra inglesa se dirigía al Mediterráneo; pero hasta que Sir George Tryon hubo llegado á Malta, el gobierno del czar no estuvo completamente seguro de que el Mar Negro se hallaba libre. Entonces, después de una vacilación sobre lo que más convendría hacer, resolvióse establecer comunicaciones con el ejército ruso en Bulgaria, interrumpidas hacía algún tiempo.

Como este ejército había mantenido, aunque no sin dificultad, su comunicación telegráfica con el mar, esa operación pudo realizarse poco después de haber los cruceros llegado á la costa, en las inmediaciones de Varna. Entonces se supo que la fuerza búlgara en este punto se sostenía aún, y que el ejército ruso, reducido á unos treinta y cinco mil hombres, á causa de las fuerzas que fué necesario destinar para conservar las comunicaciones, así como por efecto de las enfermedades, no había podido hacer gran cosa. Al principio avanzó tierra adentro hasta Tirnovo, donde estuvo en un campamento atrincherado, esperando noticias. Creíase que la fuerza austriaca en Servia estaba demasiado reducida para poder avanzar y que las tropas búlgaras tenían demasiado que hacer en Macedonia. Si la fuerza desembarcada hubiera practicado un movimiento como el que se tenía proyectado, se habría podido intentar un avance sobre Sofía. Sin embargo, el general Karanoff no creía tener suficientes tropas para esto, y como su única esperanza consistía en tener el camino abierto á través de la Rumania, se dirigió al Norte, enviando antes mensajeros para comunicarse por tierra con Rusia. No obstante, vió que era imposible efectuar el paso del Danubio, hasta el momento de recibir por telegrama la feliz noticia anunciándole que á consecuencia de la marcha de la escuadra inglesa era igualmente fácil hacerle volver por mar con seguridad ó enviarle refuerzos. Como podía esperarse que sería posible alcanzar aún algun triunfo notable si se desembarcaban ahora fuerzas en Bulgaria, el crucero fué despachado con proposiciones en este sentido; mas entretanto habíase malgastado mucho tiempo. La mayor parte de las tropas rusas se habían internado por tierra desde la orilla del mar, y aunque volvieron á embarcarse, apenas se hizo nada más que preparar la salida en Odesa, Sebastopol y otros puertos, cuando de pronto, la noticia de la última victoria de los alemanes hizo temer que el Mar Negro no sería ya un lugar seguro para los buques de la escuadra rusa. En los diez días siguientes hiciéronse los mayores esfuerzos para apresurar el embarque de las tropas, pero al cabo de este tiempo los rusos recibieron noticia de que había ya aparecido en aquel mar un gran número de cruceros ingleses.

LLEGADA DE LAS TROPAS INGLESAS AL MAR DE MÁRMARA

LORD WOLSELEY EN CONSTANTINOPLA

Las noticias sobre el envío de refuerzos á la escuadra del Mediterráneo, anunciadas por nuestro corresponsal marítimo hace dos semanas, habían llegado por desgracia á conocimiento del gobierno ruso, y



La gran guerra de 1892. – El sultán, Lord Wolseley y Sir Clare Ford contemplan el paso de la escuadra inglesa al través del Bósforo desde la escalinata del palacio de Dolma Baghtchi

esta vez también por mediación de algunos corresponsales ingleses, quienes recibieron sus informes telegráficamente por la vía de Nueva York, y desde aquí por un camino no muy bien conocido aún de algunos agentes rusos, lo cual no impidió que varios de ellos comunicaran con la mayor rapidez la noticia á su Gobierno. En su consecuencia, dióse por seguro que los cruceros serían seguidos muy pronto por todos los buques de que el almirante Trepson pudiera disponer. Cuando se presentaron los que formaban la primera línea del almirante Markham, la flota rusa, temiendo ser sorprendida mientras se ocupaba en ayudar el transporte de tropas y víveres á Varna, retiróse una vez más, una parte á Odessa y otra á Sebastopol. Nuestros propios cruceros ocuparon inmediatamente el litoral de Bulgaria cerca de Varna, y tuvieron la suerte de apresar uno de los transportes que trataba de huir. Hemos obtenido estos detalles de los prisioneros del transporte. Según han dicho, los refuerzos desembarcados en esta ocasión no pasaban de 15.000 ó 20.000 hombres, á causa de las dilaciones sufridas, y casi todos han ido á reforzar al general Karanoff, quien se halla, ó por lo menos así se cree, entre el Danubio y Tirnova, donde espera reunirse con los refuerzos. En Sofía hay mucha alarma. Las tropas búlgaras están aún muy comprometidas en la campaña de Macedonia, y aunque se han llamado tantas como era posible para la defensa de la capital, temíase que, estando el mar abierto para los rusos, éstos podrían penetrar en considerable número en aquélla. Aunque este peligro ha pasado ya, si el general Karanoff tiene otra vez bajo su mando una fuerza efectiva de 60.000 hombres, ó poco menos, se cree que pueda intentar un atrevido golpe de mano contra la capital. Cuando la noticia sobre el último combate naval llegó á España, las tropas del general Wood, que estaban preparadas para salir de Cádiz y Gibraltar dos horas después de recibirse la noticia, marcharon en seguida al Este. En el mismo día recibióse el parte en Alejandría y Chipre; en el primero de estos puntos el embarque fué rapido, habiéndose reforzado antes la guarnición con un considerable número de tropas. Todo el ejército de ocupación se destinará temporalmente á la expedición del Este. Sir Francis Grenfell ha manifestado su confianza de que le será posible, mientras dure la guerra, asegurar el Egipto, con tal de que, si el Mahdí intentara algún movimiento formal, le presten apoyo algunas tropas indígenas de la India. Ya se ha previsto esto. En veinticuatro horas, 10.000 hombres se hallaban dispuestos para hacerse á la vela en Alejandría. En Chipre se ha procedido con más lentitud. Como el viento no fué favorable durante algunos días, el embarque se difirió, y cuando al fin dió principio, tropezóse con no pocas dificultades. Todos se quejan en la isla porque nada se ha hecho para ensanchar más el antiguo magnífico puerto de Tamagusta durante nuestra ocupación; pero esto no impide que los primeros transportes se hallaran dispuestos para hacerse á la vela en un día ó dos. Como era necesario esperar la llegada de la flota del almirante Markham, ó por lo menos de los cruceros antes de salir del mar de Mármara, los buques iban haciéndose á la vela á medida que estaban dispuestos, debiéndose reunir todos después de franquear los Dardanelos. Las primeras tropas que llegaron al mar de Mármara fueron las de Alejandría, á las que siguieron inmediatamente unos 5.000 hombres procedentes de Malta, allí detenidos cuando la alarma debida á la declaración de guerra de los franceses paralizó la expedición. La guarnición de aquel punto, así como la de Gibraltar, se ha reducido á escasas fuerzas, y se completará con los regimientos de milicia que más patrióticamente han ofrecido sus servicios en las guarniciones del Mediterráneo. Una parte de las tropas de Chipre siguió muy pronto; mas apenas hubieron penetrado en el mar de Mármara, presentáronse los buques de guerra del almirante Markham. Los cruceros que se enviaron para proteger el movimiento habían entrado ya en el Mar Negro, siguiéndoles los de la flota del citado almirante.

Las fuerzas del general Wood, procedentes de Gibraltar y de Cádiz, llegaron antes de haberse presentado todas las tropas de Chipre. El 4 de junio, la flotilla de transportes, que conducía las tropas del general Wood, comenzó á entrar en el Mar Negro. En el momento de escribir estas líneas oímos decir que esos buques, con todas las fuerzas, excepto el medio cuerpo de ejército detenido primeramente en Inglaterra, no se ven ya desde tierra y que siguen su rumbo hacia el Este. Apenas se supo que los siete buques de guerra y cruceros del Báltico estaban ya en camino de aquel país, las fuerzas restantes de dicho cuerpo se embarcaron en diversos puertos, y toda la escuadra con las tropas llegó á Gibraltar unas cuarenta y ocho horas después de haberse hecho á la vela el general Wood. En su consecuencia, han entrado ya en el mar de Mármara y sin duda seguirán al resto de la flota. Hace algún tiempo que Lord Wolseley está en Constantinopla, en donde se hallaba en comunicación telegráfica con los diferentes cuerpos de tropa y con Inglaterra, y podía mejor obtener noticias de todas partes y mantenerse en correspondencia con nuestro embajador y la Puerta. Desde Dolma Baghtchi pudo contemplar el magnífico espectáculo que ofrecía nuestra escuadra conduciendo las tropas hacia el Mar Negro. El almirante Markham se embarcó en el yate del embajador después de una larga conferencia con Lord Wolseley, y siguió á su propia flota; pero según hemos sabido, antes de que las primeras fuerzas del destacamento llegado de Inglaterra comenzaran á pasar por los Dardanelos, el yate volvió para recoger á Lord Wolseley, quien se embarcó á su vez, dejando órdenes selladas para las fuerzas que debían llegar de un momento á otro. Lord Wolseley habla mucho de las ventajas de una campaña en el Asia Menor, y del hecho de haber sido ocupada Trebisonda otra vez por un destacamento avanzado. Mukhtar Bajá, que ha recibido un considerable refuerzo, mantiene su posición muy bien; y fuera de esto, no sabemos por ahora cosa alguna de las condiciones de la futura campaña. Sin duda dentro de una semana se hará nueva luz sobre el asunto de la guerra.

OPINIÓN PÚBLICA EN AUSTRALIA

PROPOSICIÓN PARA APODERARSE DE NUEVA CALEDONIA

(De nuestro corresponsal particular D. Murray)

Melbourne, 2 junio

Los diarios *Age* y *Argus* de hoy publican los resultados de varias conferencias, y le remito por telégrafo un extracto de lo que dicen para satisfacer la curiosidad de los australianos. Lord Hopetour y Lord Jersey están de acuerdo en declarar que la actitud de la colonia y su proceder merecen la aprobación completa del gobierno inglés, pero ambos rehusan prestar su apoyo á la acción combinada de los gobiernos de Victoria y de Nueva Gales del Sud. Mr. Windeyer, de Sydney, y Mr. Way, de Adelaida, opinan igualmente que estando en guerra abierta Inglaterra y Francia, la flota australiana se puede emplear legítimamente en operaciones contra el enemigo, sin autorización del gobierno inglés. Sir Thomas Mac Ilwraith se entusiasma ante la perspectiva de ver la realización de sus sueños dorados, y él, más que ningún otro político de las colonias, se interesó siempre en la conservación de la influencia puramente británica en el hemisferio Sur, tanto más, cuanto que ve en el presente conflicto europeo cierta promesa de que la ineptitud de Lord Derby y sus sucesores acabará por ser inofensiva. El hecho de que Inglaterra luche en unión con Alemania, facilitará, según Sir Thomas, un cambio amistoso, por medio del que la porción norte-oriental de la Nueva Guinea podrá quedar bajo el dominio de la corona británica. Insiste con alguna vehemencia en el indudable hecho de que si las autoridades inglesas no hubieran opuesto obstáculos á su propia política, las aguas del Norte de estos mares serían del imperio de la Gran Bretaña, y persiste en la conveniencia de aprovechar el presente momento para enmendar las torpezas del pasado. Aprueba calurosamente la acción combinada de Nueva Gales del Sud y de Victoria, declarando que su proposición para apoderarse de Nueva Caledonia no es solamente sabia y patriótica, sino que apenas podría evitarse en las presentes circunstancias. En Nueva Gales del Sud, Sir Henry Parkes y el honorable Mr. Dibbs renuncian por una vez á todas las diferencias de partido, y el venerable jefe de la oposición apoya la acción del gobierno con tanto entusiasmo como si hubiese partido de su propia iniciativa. Aquí, en Melbourne, fuera de los gobernadores, cuya posición oficial les condena á la neutralidad, no hay el menor disentimiento sobre la cuestión que se agita. Nueva Caledonia ha sido largo tiempo un agujón respecto á Australia; dista solamente setecientas millas de la costa de Queensland, y la colonia del Norte así como su vecina se han cansado hace largo tiempo de sufrir las correrías de criminales franceses escapados, de la peor especie. En Inglaterra no se tiene idea del resentimiento que abrigan los más leales australianos por la dejadez é indiferencia con que el gobierno británico permaneció ocioso mientras que los franceses organizaban una colonia ó establecimiento penal tan cerca de nuestras orillas. Australia se queja, y con razón, de que se la haya considerado desde el principio como depósito en donde se puede echar la hez de la sociedad inglesa. Era ya más que bastante verse obligados á recibir la escoria de aquella nación; pero cuando las fugas desde Nueva Caledonia comenzaron á ser tan numerosas que molestaron á todos, la indignación pública se despertó naturalmente. Cualquiera que sea la opinión que de nosotros tengan los ingleses, no pueden negar que los australianos son un pueblo paciente y resignado; hemos hecho algunas demostraciones oportunas, pero nada más. Si hubiéramos sido más fuertes de lo que somos, hace ya mucho tiempo que habríamos convertido en *casus belli* la presencia del gobierno francés en Nueva Caledonia. La madre patria se muestra tan indiferente á nuestras aspiraciones y necesidades, que nunca se toma la molestia de reconocer la gravedad de la causa especial de nuestras quejas. Al menos se recuerdan trescientos casos de fuga desde Nueva Caledonia á las orillas de Australia. En cuanto á los desterrados, es diferente, y nos alegramos de recibirlos. Se ofreció hospitalidad y acogióse benévolamente al distinguido artista M. Henri, desterrado de Francia por sus opiniones políticas, que ahora ocupa una posición única en el arte australiano. Seguramente no hay en todo este continente una sola persona que hubiera puesto obstáculo á la fuga de M. Henri Rechefort, pues no son los hombres de esta especie los que aquí se rechazan, sino los criminales franceses que ahora pueblan la Nueva Caledonia. El mal, el verdadero mal no está precisamente en el hecho de que el gobierno francés haya permitido desfilar cerca de nosotros sus deportados, sino en que haya resuelto, al parecer de una manera definitiva, perpetuar su raza. ¿Cuántos serán los que sepan en Inglaterra el vergonzoso hecho de que el gobierno francés, después de acumular sus hombres más perdidos en Nueva Caledonia, les haya enviado deliberadamente mujeres condenadas á galeras, para que los hombres puedan casarse y engendrar otros seres semejantes á ellos? La gravedad de la cuestión de bigamia, autorizada por el gobierno francés, desaparece ante la de otras consideraciones: entre las mujeres enviadas había parricidas, otras convictas de asesinato, y todas manchadas con los crímenes de que la naturaleza humana es capaz: una de las novias había dado muerte á su padre y á su madre, y otra había tenido por conveniente arrojar su niño al agua durante el viaje. Los hombres del futuro establecimiento francés eran, por supuesto, dignos de sus compañeras; y natural es preguntar qué puede esperarse de una raza así formada. Es innegable que en Hobart Town y en Botany Bay se dió admisión en su tiempo con la mejor voluntad á mucha gente de mal vivir, pero nadie entró sin permiso; y un examen de los hechos demostrará que un 50 por 100 cuando menos de los llamados criminales fueron deportados, no por haber cometido delito alguno, sino por mal entendidos entusiasmos de patriotismo ó por calaveradas.

Dejando esto á un lado, nadie pretenderá que la población australiana, de tres millones y medio de almas, ha sufrido el contagio, por más que haya entre nosotros una clase muy peligrosa; pero Inglaterra debía comprender que nuestra situación comienza á ser intolerable.

Los anglo-sajones son en todas partes un pueblo muy paciente y algo estúpido, y la misma Australia es hasta cierto punto digna de censura por su actitud pasiva en esta cuestión, pues son numerosos los habitantes que no se preocupan de ello. El ciudadano de Australia á quien han perjudicado las correrías de los presidiarios franceses se interesa en el asunto, pero es uno entre mil y no se puede remediar el mal.

La distancia entre Nueva Caledonia y Australia, como ya he dicho, es de unas setecientas millas; la que media entre las islas Sandwich y los Estados Unidos es de dos mil, poco más ó menos; y sin embargo, estas islas se hallan directamente bajo el dominio americano, y aquella nación ha considerado siempre que la presencia del extranjero allí debería tomarse por una amenaza. Así como ahuyentó á Francia de Méjico, lo haría igualmente ahora con un intruso extraño en los mares del Sur. Fácil es concebir que Inglaterra hubiera debido obrar con igual prudencia.

Anoche se decidió por comunicación telegráfica entre las autoridades de Victoria y Nueva Gales del Sud que las dos colonias se unan para invitar á Queensland, la Australia occidental, la Australia del Sud y Tasmania á prestar su autoridad para que se envíe inmediatamente la flota australiana á Numea. Se ha dado conocimiento del hecho al gobierno inglés, pero sin pedirle permiso alguno. No es probable que Inglaterra intervenga en lo que hagamos en tal momento y sobre semejante cuestión; pero aunque lo hiciera, el asunto interesa tan vitalmente al porvenir de Australia, que nos veríamos obligados á proceder por nuestra propia cuenta.



MURCIA. – LOS PASOS DE LA IGLESIA DE JESÚS

1. La oración en el huerto. – 2. La Dolorosa. – 3. San Juan. – 4. La Cena. (Obras de Salcillo.)

LOS PROPÓSITOS DE LORD CARLOS SCOTT

6 junio

Circula el rumor de que el almirante Lord Carlos Scott se ha opuesto á que se envíe la flota hasta que lleguen instrucciones de Inglaterra; pero aunque esta noticia sea recibida con enojo por el pueblo, no merece crédito al parecer en los centros donde se pueden adquirir naturalmente los más exactos informes. Sin embargo, la noticia ha servido para animar mucho á la ciudad, y la mera indicación de que el gobierno podría oponerse á la voluntad popular ha bastado para excitar á todos, evidenciándose con esto que los hombres de las colonias están resueltos á proceder á su manera. Considerables grupos recorren la calle de Collins y la de Bourke, censurando en alta voz la conducta del almirante y aplaudiendo á los jefes locales de la opinión pública. Fué una circunstancia fortuita que los varios cuerpos de cadetes de Melbourne hubieran dispuesto salir también esta tarde á recorrer las calles; mas el hecho ha prestado calor á la cuestión que se agita. Algunos diarios de la tarde confirman lo que se susurraba respecto al almirante, y la excitación sube de punto. Alégase que la escuadrilla al mando de Lord Carlos Scott solamente está encargada de atender á la defensa, y no puede ocuparse legítimamente en operaciones ofensivas sin la sanción directa de las autoridades militares de Inglaterra. Tal vez el almirante esté en su derecho; pero la circunstancia de que los ingleses y franceses hayan comenzado ya la lucha se considera aquí suficiente, entre los hombres más moderados, para salirse de lo ordinario, creyéndose que Australia está en el deber de ocupar al punto su puesto en la acción. Entretanto, según dicen los telegramas de Sydney, la escuadra que ahora se encuentra en el puerto está haciendo todos los preparativos necesarios para entrar en servicio activo, y es muy probable que no tarde en ponerse en movimiento.

INSTRUCCIONES DEL ALMIRANTAZGO

SALIDA DE LA EXPEDICIÓN

(A media noche)

Después de todo, no habrá dilación alguna. Un telegrama recibido del Almirantazgo contiene instrucciones, según las cuales la escuadra entrará desde luego en acción. El gobernador ha dispuesto que se prepare un tren especial para Sydney; irá acompañado de tres ó cuatro individuos del ministerio, y he conseguido que se me admita en él. El tren sale dentro de una hora.

7 Junio

A las cuatro de la tarde cruzamos el magnífico puerto, dirigiéndonos hacia el buque almirante. Como hemos atravesado muy de prisa las calles de la ciudad sólo hemos tenido tiempo para ver que las principales están muy animadas, aunque toda la población las abandona para ir á presenciar la marcha de la flota. El gran puerto está atestado de toda clase de embarcaciones y se han empavesado los barcos mercantes. Hace un tiempo delicioso y el muelle presenta un golpe de vista magnífico, tal como no se había observado hace mucho tiempo. El espíritu de la población está evidentemente en favor de la empresa que todos deseaban. Los cuatro buques de la flota australiana se hallan á la vista de una inmensa multitud, y de ellos se ven salir ya nubes de humo. Al levantar la cabeza, mientras escribo rápidamente estas líneas, observo que el gran buque almirante ha comenzado á moverse; acaba de disparar un cañonazo, y los ecos parecen repetirse en las inmediatas alturas; un cañón del fuerte responde al saludo del almirante, y después se oyen ruidosas aclamaciones; á un buque sigue otro, y el fuerte contesta á todos los saludos. Antes de que podamos llegar al buque almirante, todos los demás están en marcha, avanzando lentamente hacia alta mar. En algunos yates y lanchas se ha entonado el himno «Dios salve á la reina.» Las aclamaciones que se han oído cerca del palacio del gobernador se debilitan á medida que nos alejamos de él y al fin se extinguen. La brisa es demasiado fresca en el mar, y he aquí por qué los más entusiastas desean ya volver á tierra. El espectáculo ha terminado; la escuadra comienza á perderse de vista, y Australia está preparada á descargar el primer golpe en favor de la raza británica en los mares del hemisferio Sur.

(Continuará)

OBERAMMERGAU

«En un rincón de Alemania existe aún en el día el último y preciosísimo resto de la indestructible naturaleza religiosa del arte dramático: una función melodramática, que más que función es un culto, una prueba viva del vigor del pueblo, un tesoro de la Edad media: el espectáculo solitario y ahora único en su género (al menos en nuestro país), el pío espectáculo de las famosas representaciones de *La Pasión*, ofrecido por un pueblecito de la Baviera Alta, por los moradores de Oberammergau.

»De todas las partes de Europa acude la gente á estas funciones peregrinas y extraordinarias. Príncipes, caballeros y damas elegantes, disgustados ya de ver las mil artes refinadas de los teatros de la corte; clérigos, artistas, ciudadanos inteligentes, y la turba, ó por mejor decir, la procesión de humildes aldeanos, cristianos y aun judíos, llegan al teatro popular de Oberammergau, los unos andando en romería, animados por su entusiasmo religioso, los otros porque es de moda ó estimulados por mera curiosidad, dudando todavía de encontrar una cosa digna de su atención. Pero, en resumen, todos confiesan con unanimidad que han visto una maravilla, un espectáculo que purifica el alma, un ejemplo de grandísima enseñanza, el mayor drama del mundo, el gran drama de *La Pasión*, ejecutado de un modo sorprente por sencillos campesinos, inspirados por la fe, que antes de aparecer en escena se confiesan y comulgan para representar *La Pasión* con todo el fuego sagrado, y que sienten el papel que ejecutan en lo íntimo de su corazón, semejantes á la gran actriz española doña Clara Camacho, á quien tanto conmovió el suyo en un drama religioso, que se despidió del teatro para consagrarse á una vida santa lejos del mundo.

»Eres feliz, ¡oh pueblo de Oberammergau!; tu vida no tiene la monotonía de las aldeas; tras las mil emociones del estudio, gozas la satisfacción, la gloria, el santo regocijo de que sea un juego para tus niños la representación de *La Pasión de Nuestro Señor*. Otras poblaciones se han hecho famosas por batallas ó grandes calamidades: tú te has formado un nombre insigne por tu afición á las artes; la décima parte de tus mil y cien habitantes cultiva el arte del inmortal Montañés; las obras de sus manos son imágenes de santos esculpidas en madera, ¡tus hijos esculpen lo que representan, y representan lo que esculpen! ¡Dichoso el que ha sido premiado por toda la connunidad con el papel del Hombre Divino de los dolores! ¡Dichosa mil veces la mujer que estrena el personaje de la Madre de Dios!

»¡El papel de la Virgen equivale á la rosa de oro!

»El exterior del templo de *La Pasión* en nada difiere de las tiendas de gimnastas, construídas groseramente de madera, que se ven en las ferias; pero el interior sorprende por su inmenso espacio, que es suficiente para 6.000 personas, y por la naturaleza pintoresca y risueña, las verdes praderas, las selvas lozanas de abetos y las altas montañas, que contemplan curiosas la escena del teatro abierto, el cual se asemeja así al teatro trágico de Pompeya ó á la plaza de toros de Sevilla.

»La mayor parte del público está expuesto á los rayos del sol, que refleja sobre las calles de Jerusalén, las cuales se presentan incesantemente á la vista de los espectadores. La casa de Pilatos se halla á la izquierda del espectador, y la de Anás á la derecha. Ambas tienen un balcón en su primer piso; pero ni en éstas ni en las demás de la Ciudad Santa se nota nada de oriental; su estilo es el alemán del siglo XVII: sólo el gran telón del teatro recuerda á Jerusalén con la fisonomía del Oriente. Sobre el telón se levanta un gran frontispicio, en que Tobías Flunger, el Cristo de 1850, y el Pilatos en las funciones de 1860, 1870 y 1871, pintó con mano maestra la fe, el amor y la esperanza.

»Con la misma animación con que el pueblo judío alborozado corría en otro tiempo á presenciar la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, así se apiña y se atropella para asistir á la representación de *La Pasión del Señor*. Todas las clases, todas las edades están representadas en el inmenso cortejo, en que figura la tercera parte de todos los habitantes de Oberammergau.

»Es cosa de verdadera magia el ver al Señor. Puede ser que algunos de los asistentes no hallen cumplido su ideal, pero también habrá quien modifique ese ideal según la aparición sobrehumana que se presenta á su vista. La mayor parte del público prorrumpe en lágrimas. En este Jesús no vemos ya al Sr. José Mair, escultor de Oberammergau, que antes representaba á Cristo en vil materia, en madera, y hoy le representa en lo más precioso, en figura humana, que es la efigie de Dios. No vemos ya un obscuro aldeano y miramos con amor y ternura al Amor eterno, miramos al Verbo vivo, á quien tributamos culto; miramos la luz de nuestra vida y la luz de nuestra infancia cuando en Nochebuena jugábamos ante un Nacimiento adornado de flores y fresco césped.

»Los artistas que tanto se esmeraban, los aldeanos que ejercen el arte de Maiquez en obsequio de Dios, no fueron saludados con salvas de aplausos: la sagrada representación infundía respeto, y en nuestro oído sólo vibró la voz del Cristo.

»¿Quién, embargado de veneración y de amor, se hubiera atrevido á llamar al palco escénico á los hijos de Jesús, á los hijos de María?

»Pero con una lágrima muda en los ojos nos despedimos de estos actores campesinos, que son puros vasos de los santos arcanos de la religión; nos despedimos de ti, José Mair, cuyo pecho inflamó Jesús, el Sol eterno de la inmensa esfera; de ti, Francisca Flanger, doncella sencilla, virgen modesta, en que con encanto contemplamos la azucena blanca y fresca; de ti, Josefa Lang, que con ternura representas á la amante pecadora que regó con sus lágrimas y secó con sus doradas trenzas las divinas plantas del Señor.

»De ardiente efusión henchida el alma, nos despedimos de Oberammergau, de *ese pedazo de España en Alemania*, rogando á Dios que tan escogido rincón continúe siendo un Belén de religiosa poesía, una cuna de la fe, un palacio de la verdad, un rincón de los creyentes, un templo de la religión del Gólgota, un santuario de la Pasión, una lumbrera del mundo, una puerta del cielo. ¡Quiera Dios que los oberammergauenses conserven sus costumbres sencillas, en que se encierra el secreto de su valía, y que las representaciones de *La Pasión*, celebrada cada decenio en la Baviera Alta, se semejen siempre á un raudal ansiado, á una viva cristalina fuente de dulces aguas, hija de las montañas, que algún tiempo intermitiendo su curso, brota de nuevo para refrescar á los cansados peregrinos en el seco arenal de la vida!»

Así escribía yo en 1871 de las bellísimas representaciones de *La Pasión* en Oberammergau, que son dignas de absorber la admiración desde el Ammer al Llobregat, al Manzanares y al Betis florido. Y tienen para mí gran mérito; el mérito del recuerdo, porque atraen á la memoria la época de la juventud, y porque es sabido aquello de que «siempre tiempos pasados fueron mejores.»

En 1880 un distinguido escritor español, Conde de Coello, hizo la excursión al tradicional pueblo inmediato á Munich, y tributó homenajes á los piadosos actores de Oberammergau escribiendo en la *Ilustración española y americana* correspondiente al 15 de septiembre de 1890: «Todos, ancianos como niños, que antes de empezar la representación anunciada en la madrugada por salvas, van á orar en el templo, actúan con tal gravedad y convicción, inspirados de la idea de su papel, hasta el extremo de hacerlos verdaderamente artistas.»

Otro español, un joven de Murcia, José María Servet, que recorrió la Alemania con objeto de escribir un libro sobre sus impresiones, visitó en el verano de 1890 el pueblo de *Ammergau* (así abreviaba el nombre para no hacerlo tan inarmónico), y en el artículo que publicó en *El Diario de Murcia* del 11 de octubre, dijo acerca del Cristo de aquel año, el celebradísimo José Mair, á quien un compatriota mío, el Sr. Wyl, acaba de dedicar un libro entero y de quien la señora de Hillern hizo aún más, el héroe de una novela: «Su aspecto modesto, sus maneras sencillas y la expresión dulce y serena de su fisonomía no dejan duda de que representará perfectamente su importante papel, á cuyos resultados han de contribuir los rasgos hebraicos pronunciados de su fisonomía, su tez morena y cabellera y barba según el tipo consagrado.»

Como alemán-español tenía yo un culto férvido por Oberammergau, no pudiendo resistir al deseo de presenciar en 1890 otra vez el drama de *La Pasión*, á que el Padre Daisenberger (muerto en 1883) había consagrado la fuerza toda de su existencia. Tuve suerte: encontré hospedaje en las Casas Consistoriales: en la misma casa donde vive el alcalde del pueblo Sr. Juan Lang, que es á la vez burgomaestre, director de escena, organizador del espectáculo y el Caifás del drama de *La Pasión*, mientras que su hermosa hija Rosa representa el personaje de la Santísima Virgen. Me aposentó el maestro de dibujo Luis Lang, que demuestra sus dotes excepcionales en dirigir los cuadros plásticos. El párroco del pueblo de *La Pasión* me dijo: «Cada cual que ha encontrado hospedaje tiene derecho á un billete de entrada.» Mi huésped me proporcionó el mío por conducto del Sr. Mair. «¿Dónde vive el que desempeña el papel de Jesús?,» pregunté en la calle. Me mostraron una casa bastante espaciosa frente á la cervecería de Bachfranzel. Vi una de las hijas del representante de Cristo, que figura en el coro de las sacras representaciones. «Mi padre está en la cervecería,» me dijo la que era, no sólo un ángel de *La Pasión*, sino un ángel del pueblo. Luego reconocí al Sr. Mair mirando su hermosísima cabeza y los cabellos de tipo consa-

grado. Estos han perdido ya su primitivo color moreno. Teniendo ya 47 años, sobrepuja con mucho la edad del Salvador; pero todo en él es noble, sencillo y armonioso. A su lado estaba sentado fuera de la cervecería y saboreando la bebida predilecta de los bávaros, la del rey Gambrino, un anciano que se acerca á los 70 años. Tiene una cabeza hermosa, que parece arrancada de un cuadro del Tiziano. Es San Pedro representado en madera por el escultor Jacobo Hett. Tomé asiento entre los actores que desempeñan los papeles de Cristo y de su discípulo más enérgico. Cerca de ellos encontrábase un judío de Viena, que se proclamaba anti-semita, y á quien Mair llamaba barón X. «Vengo de Barcelona, decía yo á los dos artistas campesinos, de la ciudad que conserva todavía el drama de *La Pasión*, que generalmente se representa en la Pascua, y hace 19 años he aplaudido á ustedes con mis lágrimas. ¿Estuvieron aquí también viajeros españoles? – No lo sé, contestó Mair, pero hoy está aquí un escritor español, á quien tuve la satisfacción de proporcionar un billete, el mejor del teatro.» Siendo yo aquel escritor, brindé agradecido con mi augusto patrono por la gloria de Oberammergau. «¡Viva España!, contestó él. A principios de septiembre próximo vendrá la reina Isabel, acompañada de su hija la princesa doña Paz y del príncipe Luis Fernando, para asistir á nuestras representaciones.» Pasé dulces horas con el simpático artista encargado del papel de Cristo, quien me ofreció su casa y me regaló su retrato.

Pero él tenía que despedirse pronto, porque al día siguiente había de representar una vez más el papel más sublime del mundo, que aquel año representó cuarenta veces.

Antes de ver á Jesús había ya visto por casualidad la dócil mula que le llevaba á Jerusalén. La vi en mi expedición en el camino de Partenkirchen á Oberammergau, tratándola los que la conducían con el mayor respeto. Tenía que reemplazar á la que se había negado á llevar al Salvador. Y tanto es el respeto que las representaciones de *La Pasión* infunden á los ingleses, que éstos rogaron fuesen remitidas las dos mulas á Inglaterra después de terminadas las representaciones.

Al día siguiente asistí al drama de *La Pasión*. Como en 1871, era Mair un Cristo inmejorable, caracterizando fiel y dignamente los rasgos y las sublimes actitudes del Redentor. Pero mientras Mair parecía un ideal cumplido, y Rosa Lang estaba hermosísima en muchos momentos de *La Pasión*, y Tomás Rendl trabajaba admirablemente desempeñando el papel de Pilatos, el drama había perdido el encanto del sacro voto, el encanto místico, el perfume religioso. En vez del sencillo frontispicio de 1871 representando la fe, el amor y la esperanza, se ven figuras de Moisés, Josué, Isaías y Jeremías, copias de las figuras de Miguel Angel en la Capilla Sixtina. Numerosas decoraciones bellísimas acompañan los cuadros plásticos del Antiguo y las escenas del Nuevo Testamento. Ya se ve el aparato de un teatro Real donde antes se gozaba una función de campesinos, cuando la mayor parte de los espectadores se componía de aldeanos.

El Sr. Wyl llama á las máquinas debidas al señor Lautenschlager, el maquinista del teatro Real de Munich, la tumba de *La Pasión*, contrastando aquel aparato propio de un teatro de la corte con la sencillez y el candor de los actores, con la representación que exhala el perfume genuino de una flor de los Alpes. Pero á pesar de tantos extranjeros que de todas las partes del orbe acuden á las sacras representaciones, los habitantes de Oberammergau son los de siempre, devotos, amables y sencillos, vasos purísimos para la esencia divina. En Oberammergau resuena el saludo piadoso *Gruss Gots* (¡Que te salude Dios!) de los labios frescos de los niños y de la anciana que en brazos cansados arrulla á su tierno nieto. A la hermosa naturaleza de su valle tranquilo, cuya guardia constituyen el Kofel y el Laber cubiertos de pinos, ha de corresponder siempre el corazón piadoso de los escultores y actores de Oberammergau.

¡Qué escena tan conmovedora habrá sido la en que éstos á fines de septiembre se despidieron de sus papeles y de su maestro queridísimo José Mair! Por última vez habrá sido éste en 1890 el Cristo incomparable del drama de *La Pasión*.

Juan Fastenrath



LA PIEDAD, escultura de D. Rafael Atché

LA CRUZ

Dos líneas que se cruzan formando ángulos, constituyen forma facilísima, generadora de infinitos motivos ornamentales, apta como símbolo, á propósito para innumerables representaciones, que se observan en el arte y en la gráfica de muchos pueblos de la antigüedad. Esto ni quiere ni puede decir que la cruz, como la entendemos los cristianos, haya sido objeto de culto desde el remoto tiempo en que aparece figurada sobre variadísimos monumentos. Hubo, sin embargo, quien seducido por fugaces apariencias ó aguijoneado por deseos, más bien intencionados que prácticos, creyó lo contrario, y no pocos autores se afanaron buscando pruebas que dieran cuerpo á una idea insubsistente: las consideraciones aplicables á los atributos gentílicos son diversas de las que exige el símbolo cristiano; los puntos de vista para examinar ambas cuestiones, muy diferentes.

La facilidad de la forma dió lugar á común empleo, que por múltiples razones dificultan generalizar las explicaciones: en la escritura jeroglífica del antiguo Egipto, un signo en forma de cruz latina representaba la M; otro, semejante á la cruz griega, simplificación de un nexo complicado, equivalía á la articulación HORI, que se traduce por la preposición *en*. Nadie vió cruces en estos signos, pues son sencillas representaciones gráficas, fáciles de formar, explicadas ya satisfactoriamente; mas algunas divinidades gentílicas ostentan atributos de igual forma, que varios han llamado cruces y considerado como objeto de veneración, concepto extendido también á otro jeroglífico empleado frecuentemente en inscripciones del pueblo de las pirámides. La identidad de nombres para objetos que entre sí no tienen nada de común, ha inducido en error, harto fácil de evitar.

Dichos atributos y jeroglíficos no son cruces, ni deben llamarse así; son el *Tau*, nombre de la T en hebreo y en griego, signo mágico de que se abusó mucho en la antigüedad. Amuleto semejante á una de las formas iconográficas del símbolo de nuestra Redención, exitó la curiosidad de arqueólogos y anticuarios y cada cual aventuró su idea para explicarlo: unos, sin duda porque se hallaba entre los atributos de Astarté, la Venus licenciosa de siros y sidonios, supusieron que era un falo; otros, viendo que se hallaba en manos de divinidades egipcias, afirmaron que era la llave del Nilo; pero tales suposiciones, que nunca pasaron de conjeturas, fueron desechadas al observar que, como en las medallas de Sidón, figuraba en los simulacros de divinidades de otros pueblos que no tenían nada que ver con la generación, por lo cual no era posible admitir un símbolo fálico, y cuando Wilkison hizo observar que no podía ser la llave del río sagrado de la tierra faraónica un atributo que faltaba al dios Nilo, el Nute-Fen de los indígenas.

Con este procedimiento negativo se han desvanecido errores, pero desgraciadamente no se ha llegado á una verdad incontrovertible que pueda abarcar todas las representaciones congéneres. Unicamente al jeroglífico llamado *cruz con asa* se ha dado explicación plausible, que hoy admiten todos: equivale ó representa la *vida que viene*, conclusión á que se ha llegado por muchas indicaciones, entre las que es importantísima la traducción egipcia del título *aionobios*, de Ptolomeo Epifanes, que figura en la inscripción de Roseta.

Admitiendo la generalización del emblema para el mismo principio, hallaríamos pruebas en las escultu-



1. La tumba de Raquel en el camino de Belén. – 2. Vista de las ruinas de San Juan de Samaria. – 3. Vista de Betania tomada desde el camino de Jericó
4. Jerusalén: el valle de Josafat. – 5. Parte de la fortaleza de Antonia,
llamada también casa de Pilatos. – 6. Jerusalén: puerta de Bethsaida. – 7. Jerusalén: tumba de David. – 8. Jerusalén vista desde el monte Olivete



1. Vista de Nazareth por su parte oriental. – 2. Jerusalén: el monte de los Olivos, el huerto de Getsemaní y la tumba de la Virgen. – 3. Cumbre del monte de la Tentación
4. Monte de los Olivos. – 5. Jerusalén: la Vía Dolorosa. – 6. El río Jordán, cerca de Jericó
7. Vista del mar de Galilea. – 8. Vista general de Jerusalén tomada desde la azotea del convento latino

ras de Persépolis, donde se vé decorando trajes sacerdotales, en las manos del dios fenicio Marnas, que en el templo de Gaza representaba el sol, germen de toda vida según ellos; pero faltan elementos para explicar por qué se halla en medallas de Atenas, Siracusa y Corinto, no se ha podido saber qué uso tenían las que Sehlieman encontró en las tumbas de Micenas, ni qué quieren decir las trazadas en las urnas, vasos y demás enseres domésticos, desenterrados en las necrópolis de Villanova, en los *terramares* de la Emilia, que habitó en remota época un pueblo anterior á los etruscos y del que se ignora hasta el nombre.

El signo venerado de la cruz no llamó la atención de los arqueólogos sólo en el viejo continente, que tantos misterios entraña todavía; allá en las ignotas regiones americanas, que audaz genovés sacó á la luz de la civilización, vieron nuestros navegantes y cronistas cruces que por mucho tiempo dieron que hacer, de las que se habla poco ya, aun debiendo ser objeto de constantes estudios, pues la última palabra, la buena, la decisiva, no se ha dicho todavía. La estela de Palenque, Nínive del Nuevo Mundo, cuyas colosales ruinas son reparo de fieras, cuyos jeroglíficos no han encontrando aún el Champollión ú Oppert que vulgarice las ideas que atesoran, presenta claro ejemplo de lo dicho: aquella cruz coronada por aves de rara especie, á cuyos lados campean extrañas figuras, ha sido escollo contra el cual se ha estrellado la sagacidad de sabios, que para muchos misterios tuvieron el sésamo que de par en par les abrió la puerta. De conjetura en conjetura, sabemos que implica una representación mítica; mas dado el orden de ciertos y determinados estudios, es lo menos que podía saberse. Cuenta Herrera en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del mar Océano*, que en la isla de Cozumel, vecina á la isla de Yucatán, que exploró nuestro Grijalva, hallaron un templo en forma de torre, á cuyo pie existía una construcción más pequeña, abrigo de una cruz calcárea como de tres varas de alta: para los indígenas, según atestigua también Gomara, aquello era un simulacro del dios de la lluvia. En las ruinas de Copán vió Diego García Palacio una cruz de piedra, á la que faltaba un brazo, y Clavijero habla de muchas representaciones congéneres vistas por él en diversos puntos de Méjico. Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios*, habla de una cruz conservada en Cuzco, capital del imperio de los Incas; mas no dice en qué concepto era tenida por los indígenas, ni dónde fué hallada, ni qué cosa pudo representar.

La existencia de estas cruces llevó á muchos al mantenimiento de una de las ideas más peregrinas que se pueden ocurrir: en aquellas representaciones que permanecen en misterio, que tal vez no abandonarán jamás, vieron el símbolo cristiano y afirmaron que poco después de la muerte de Nuestro Redentor, Santo Tomás había evangelizado las gentes de aquellas remotas comarcas. Estos también, como Colón en un principio, creyeron que Indias y América era la misma cosa; entendieron que la tradición según la cual el desconfiado apóstol predicó la santa doctrina hasta la isla de Taprobana, podía referirse á las regiones descubiertas gracias á la munificencia de nuestra reina Católica: el error no podía ser más de bulto y prosperó lo poco que debía y nadie se acuerda ya de tan extravagante idea para explicar el signo de que hablamos.

Las investigaciones posteriores no han dado resultados más seguros, pero han puesto sobre una pista que tal vez lleve á la identificación mítica de aquella raza, grandísimo adelanto que sería jalón para probar la unidad de la misma. Sabiendo que en Yucatán el dios de la lluvia fecundante estaba representado por una cruz de madera, se ha podido explicar por qué Chachihuitlicue, diosa de la lluvia entre los aztecas, cuyas fiestas celebraban en los primeros días de la primavera, ostentaba en la mano un atributo en forma de cruz; por qué Quetzalcoatl, dios de los vientos, esgrimía masa de la misma forma; por qué los Muicas de Colombia, en sus sacrificios á la diosa de las aguas, tendían sobre la tersa superficie de los lagos cuerdas formando cruces, en cuyo punto de intersección arrojaban las valiosísimas ofrendas que le dedicaban. Forma fácil de construir, como hemos dicho en un principio, ha generado tantos signos, que resulta imposible descifrarlos todos, y de la misma manera que para las que se hallan en Europa de la época precristiana se ha dado una interpretación satisfactoria, conseguida gracias á progresos que parecen milagros, es necesario entender que las que encontraron nuestros navegantes al desembarcar en el nuevo continente, representaban una idealización de fuerzas naturales. Discutir las opiniones aventuradas para aseverar esto, ó las contrarias, es tarea impropia de este lugar; aunque no lo fuera, nuestros conocimientos no llegan ni pueden llegar á los de Bintan, Müller y tantos otros que escribieron mucho, sin llegar á nada positivo.

La cruz entre nosotros recibe culto por el sagrado recuerdo que evoca, por la idea altísima que representa, y desde este punto de vista no hay que confundir el símbolo cristiano con ningún atributo gentílico: su precedente, histórico puramente, no se halla en ninguna concepción religiosa, sino en prácticas del derecho criminal de los antiguos pueblos. Género de muerte á que eran condenados los criminales convictos de delitos atroces, no falta en ningún código anterior á nuestra era y siguió figurando en la penalidad romana hasta Constantino. Los antiguos persas abusaban de ella, según testimonios de autores sagrados y profanos: el padre de la historia, como por antonomasia llaman á Herodoto, cuenta que Oretes, gobernador de Sardes, en nombre de Ciro, crucificó á Policrates; el escriba Esdras, en el libro bíblico, escrito después de la cautividad babilónica, refiere cómo Darío habiendo hecho buscar el decreto de Ciro, que autorizaba la continuación del templo, ordenó la prosecución de los trabajos, después de hallarlo en Ecbatana, y para quienes por cualquier concepto crearan obstáculos, dictó penas severísimas, entre ellas la crucifixión, formulada en el versículo 11 del capítulo VI. Persa era el rey Asuero, á quien cautivó la sin par belleza hebrea, que antes de reinar se llamaba Mirto, que después de ceñir la corona tomó el nombre de Estrella, defensora de su pueblo, perseguido por el soberbio Amán, á quien crucificaron en el mismo patíbulo de cincuenta codos de alto hecho levantar para el piadoso Mardoqueo. Egipcios y cartagineses contaban también la crucifixión entre sus penas y los romanos según Paulo, título XXII, la aplicaban: *Auctores seditionis et tumultus vel concitatores populi pro qualitate dignitatis aut in crucem tolluntur aut bestiis obiiciuntur aut in insulam deportantur.* Mas los judíos, instigadores de la muerte de nuestro Redentor, cuya sentencia arrancaron al cobarde Pilatos, ¿tenían en su derecho criminal la pena de cruz?

Mucho se ha debatido la cuestión, sin llegar á un acuerdo: sostienen unos autores la afirmativa; otros aseguran que la crucifixión no se aplicó en Judea antes de la dominación romana. Nosotros, inclinados á los primeros, entendemos que en la imposibilidad de probarlo de una manera absoluta, hay que tomar un término medio y creer que mucho antes del año sexto los hebreos crucificaban ya, y que por tanto nuestro Redentor no fué condenado sólo según la ley del Imperio, sino con arreglo á lo que escribas y fariseos entendían que tenía merecido por el delito que le imputaban. El *Deuteronomio*, que según la feliz expresión de San Atanasio, es codicilo de la Ley, dice (22. XXI): «Cuando un hombre haya cometido crimen que deba ser castigado con la muerte, lo suspendan al patíbulo.» En los *Números* (XXV, 4), el Señor ordena á Moisés sean colgados ante el sol cuantos adoraron en Fogor al ídolo Baal. Ambos textos dicen sólo *colgar*, sin especificar de qué modo; mas como no puede ser estrangulando, pues todos saben cómo se ejecutaba esta pena entre los judíos, hay que suponer sería clavando ó amarrando al criminal en un poste, cuya forma no sería en un principio la de cruz, por cuanto ésta representa un refinamiento de crueldad; pero como uno de los fines propuestos era el escarmiento, claramente indicado en la frase *ante el sol*, esto es, á la vista de todos, hay que admitir una fijación que los mantuviera extendidos, que les hiciera permanecer sujetos al madero y no á merced del movimiento que una cuerda imprime al cuerpo que sujeta en el vacío.

Hay textos más claros aún: el libro de Josué (VIII, 29), hablando de la campaña contra Hai, refiere que el rey fué hecho prisionero, *prehenderunt viventem;* y después de contar cómo fué tomada la ciudad y saqueada, incendiada y pasados á cuchillo sus habitantes, dice: *Regem quoque ejus suspendit in patibulo usque ad vesperam et solis occasum. Præcepitque Josue, et deposuerunt cadaver ejus de cruce*, etc. La circunstancia de que el rey de Hai fué cogido vivo y en este estado sujeto al patíbulo, es palpable ejemplo de que el reo no era suspendido después de muerto y prueba que se trata de una crucifixión: por si esto no bastara, la frase *de cruce*, con que en la *Vulgata* está traducida la de los Setenta *epi xulon*, sobre un leño, sobre un madero, aclara la cuestión y nos confirma más y más en nuestro aserto. Otro texto para robustecer la prueba se halla en el segundo libro de los Reyes (XXI, 8-9.): para calmar la cólera del Señor, David, cediendo á exigencias de los Gabaonitas, les entregó Armoni y Mifibosed, hijos de Resfa, concubina de Saul, y los cinco hijos de Merob y Hadriel, nietos del mismo rey, que cometiendo perjurio los atacó y destrozó: ellos en venganza los crucificaron. — *Et dedit eos in manus Gabaonitarum; qui crucifixerunt eos in monte coram Domino*, etc., dice claramente la *Vulgata*.

A. Fernández Moreno

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Cristo.—La Piedad, esculturas de D. Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).— Varias veces nos hemos ocupado de este distinguido artista, tributándole los justos elogios que merece por sus relevantes cualidades, por cuyo motivo nos limitaremos á hacer notar una circunstancia que concurre en Atché, no común á la mayoría de los que, como él, cultivan las bellas artes. Esta es que su genialidad y su entusiasmo no decrecen ni se apagan. Como escultor joven, modela inspirándose en las corrientes modernas, produciendo obras verdaderamente notables, tanto por el concepto como por su genial ejecución, que siempre valiente y sobria, revela las aptitudes del artista.

El *Cristo* y *La Piedad*, aunque son dos obras de carácter religioso, llevan en sí marcado el concepto y tendencias de la moderna escuela. La resignada y doliente representación de Jesús, grande en su realismo, ofrece inteligente contraste con la violenta desesperación del *mal ladrón*, tan celebrado como discutido en una de las últimas exposiciones nacionales. Sin separarse Atché, en las dos obras que reproducimos, del sentimiento religioso que en ellas debe distinguirse, ha logrado producir dos esculturas completamente modernas, exentas del convencionalismo vulgar de la imaginería.

Madona, dibujo de Carlos Froschl. — En distintas ocasiones nos hemos ocupado con el merecido elogio de este notable pintor alemán. El dibujo que hoy reproducimos y que es copia del pastel que Froschl envió á una de las últimas Exposiciones internacionales de Munich, pertenece al género de aquellas obras que acreditan á un artista: su composición delicada y el sentimiento que todo él respira nos recuerdan las Vírgenes de los grandes místicos de los siglos XVI y XVII, al paso que el vigor, la espontaneidad y la sobriedad de líneas y sombras demuestran un dominio absoluto de la técnica del realismo de nuestros días.

Pasos existentes en la iglesia de Jesús de Murcia. Obras del escultor Salcillo. — La escultura española del Renacimiento puede considerarse circunscrita á la talla de imágenes y de ornamentos decorativos, y de su importancia, carácter nacional y valor artístico son prueba el interesante Museo de Valladolid y nombres como Cano, Montañés y otros. Uno de los postreros rasgos de este arte genuinamente español es la obra del escultor Salcillo, cuyos *Pasos* revelan la potencia de un artista que supo sobreponerse á las convenciones y amaneramientos propios de su época, realizando obras que admiran á los indoctos y aplauden con entusiasmo los artistas. La impresión que produce Salcillo con sus *Pasos* é imágenes, como la que producen Cano con su celebérrimo San Francisco y tantos otros con los Dolorosas, Nazarenos, Crucifijos, etc., es tanto más significativa cuanto que el procedimiento es opuesto á la severidad del arte verdadero, ninguna de cuyas escuelas ha autorizado el realismo excesivo de imitar con el color la verdad externa de la forma. Esto no obstante, las obras de nuestros escultores se imponen por las sólidas cualidades que demuestran en su inspiración y sentimiento religioso.

Vistas de los Santos Lugares (de fotografía). — No vamos á describir los lugares que nuestros grabados reproducen, pues sobre que cuanto decir pudiéramos lo hemos escrito en otras ocasiones, tal descripción nos obligaría á salirnos de los límites á esta sección trazados. Además, ¿quién no tiene noticia, si és que no los conoce, de los sitios en que se desenvolvió la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor? ¿Quién no se siente hacia ellos atraído por esa misteriosa fuerza que el hecho más culminante de la historia de la humanidad comunica á aquel pedazo de tierra del continente asiático? El historiador los admira como cuna de una religión que tan inmensa influencia había de ejercer en la vida de los pueblos; el filósofo sigue en ellos los primeros pasos de una filosofía que había de cambiar la faz del mundo; el sociólogo descubre en aquel suelo la semilla de la más pura doctrina democrática; el poeta siéntese á su vista conmovido y su sentimiento se desborda, ora en tiernos cantos al recuerdo del amor divino, ora en desgarradoras estrofas de los divinos martirios y amarguras; el artista encuentra allí motivos inagotables en los que el arte de todos los tiempos se ha inspirado para realizar maravillosas creaciones; y el creyente, fortalecido por la fe, arróbase ante aquellos Santos Lugares que fueron teatro de los más grandes misterios y de los más sublimes sacrificios, y siéntese pequeño para adorar al Hijo de Dios hecho hombre y que como hombre quiso vivir, padecer y morir para redimir al género humano y mostrarle con sus hermosas enseñanzas el camino que ha de conducirle á la gloria de su Eterno Padre.

El Doctor Raimundo Andueza Palacio, presidente de los Estados Unidos de Venezuela. — Dotado de privilegiada inteligencia é imbuído desde temprana edad en las ideas de libertad y de progreso, el Dr. Andueza Palacio comenzó desde muy joven su carrera política con brillantes éxitos en el foro y en la prensa, que más tarde lograron mayor relieve en la Cámara popular y en el Senado, donde se conquistó fama de uno de los mejores oradores parlamentarios de su patria. Las excelentes dotes de administrador de que dió prueba en el gobierno del general Alcántara hicieron que se proclamara candidato á la presidencia de la República en 1879; mas combatida su candidatura por el elemento oficial, demostró su gran patriotismo ausentándose de su país para evitarle los horrores de una guerra civil que, á haberlo él querido, no habría dejado de estallar. Después de un largo viaje por Europa fué ministro con el presidente Rojas Paúl y contribuyó á la transformación política en virtud de la cual Venezuela reivindicó sus derechos de nación soberana. En 1890 fué nombrado miembro del Consejo Federal, que le designó por unanimidad para el cargo de primer magistrado de la República, en cuyo desempeño ha tenido ocasión de hacer ver su talento y su amor á la patria.

Sabio, honrado, generoso y benévolo, el Dr. Andueza goza de las mayores consideraciones que le tributan propios y extraños como justo homenaje á sus relevantes méritos.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

XI

Al entrar en su cuarto, el coronel se detuvo sobrecogido. En medio de la obscuridad, Marcos, sentado en un sillón, esperábale inmóvil, con los ojos muy abiertos y la mirada fija.

– ¿Cómo, exclamó, ya estás de vuelta?

Y como no se le contestara en el acto, experimentó ese malestar inexplicable que sentimos ante el misterio del ser, cuando uno de nuestros semejantes se desvía un poco de lo acostumbrado y nos inquieta por la menor cosa extraña é insólita.

– Acabo de entrar, contestó al fin Marcos con una entonación indiferente que no indicaba nada; pero después añadió:

– Era Lilia, ¿no es verdad?

El Sr. de Francœur hizo una señal afirmativa, y Marcos estiróse como para desperezarse.

– ¡Qué hermosa noche de luna!, exclamó. Se ve como si fuera de día; el camino se prolonga como una línea blanca; el rocío brilla como cristal, y la brisa es suave. ¡Ah! ¿Por qué no se podría?...

Marcos no terminó la frase, pensando sin duda en lo incompleto de la vida, en la estrechez de los lazos sociales, en todo cuanto reprime ú opone una barrera al deseo libre, al instinto egoísta que por los goces siente el hombre. Sus ojos conservaban cierta dulzura y un resto del placer que le había producido acompañar á la baronesa de Brettes, sentado frente á ella en el coche, rozándose las rodillas, mientras la señora de Lemartre miraba discretamente por la portezuela.

– Sin duda te escandalizo, mi buen Roberto, dijo Marcos con afectuosa ironía.

Y encogiéndose después ligeramente de hombros, con cierta expresión de fastidio, cambió de tono.

– ¿Y habéis hablado mucho Lilia y tú?, preguntó. Seguramente habrá abusado de tu presencia, ¿eh? No habrán faltado quejas y recriminaciones. ¿Habéis murmurado mucho de mí?

– Nada de eso, replicó el coronel con gravedad; ha llorado.

Marcos se levantó con expresión de mal humor.

– Pues ¿por qué exigir lo imposible?, exclamó. La sociedad está mal organizada... No hay maridos fieles. ¿Conoces tú alguno? ¿Has visto alguno?

La mirada fría y un poco austera de su hermano le reprimió, y cambió de asunto.

– Pues bien: sí, dijo, me aflige que ella se apesadumbre, ó más bien, lo confieso, me irrita. Soy injusto, convengo en ello; mas ¿no es absurdo su proceder? Ya no somos esposos jóvenes, por lo menos ella, añadió con inconsciente crueldad. Le profeso un verdadero cariño, jamás la sacrificaré á una pasión, jamás enajenaré mi vida ni mis derechos de padre de familia, porque sé bien lo que le debo; pero á decir verdad, ¿en qué la he faltado? (Marcos se exaltaba como suele suceder cuando con argucias se defiende una mala causa.) ¿He de ser ridículo? ¿No puedo amar y vivir como todo el mundo? ¿Supones tú, aunque ella no lo sepa, que siempre le fuí fiel, y que no he tenido aventuras amorosas, distracciones de momento? Mientras yo evite el escándalo, ¿á quién le importa esto? Me dirás que es feo, brutal y todo cuanto quieras; pero no impedirás que en el hombre haya sentimentalismo y sensualidad, sobre todo en el hombre refinado de nuestra clase, el hombre del lujo, el ocioso bien alimentado, el caballo padre, que diría Tolstoi. Pero tú no lees y no te enteras de estas cosas. En fin, confiesa en que eso es dar una importancia muy necia á un placer del todo natural, importancia que no se explica sino por las antiguas preocupaciones religiosas que aún se conservan.

– Si tu mujer razonase como tú... repuso el Sr. de Francœur sin poder reprimirse, y comparando mentalmente las simples lágrimas de Lilia con las bellas frases que acababa de oir.

– ¡Oh! Mi mujer..., repuso Marcos.

Y no se dignó contestar á tan pobre argumento, pues la cuestión conyugal ha sido en todo tiempo resuelta en provecho del varón, condenándose á la mujer severamente.

– ¡Al cabo de ocho años de matrimonio, añadió Marcos, nada de extraño tiene no estar enamorado ya de la misma mujer!

– ¡Pero se puede ser bueno para ella y no hacerla sufrir!, replicó el hermano mayor, ofendido en su rectitud. ¿Tienes la excusa de una pasión arrebatadora? ¿Estás dispuesto á romper con todo por esa mujer á quien amas, según dices? Supongo que no. Me ha parecido, después de comer (no me atrevo á decir infiel, aunque lo pensaba en la galería, después de aquel beso) que estabas quejoso de ella, y has insinuado que no eras feliz. ¿Tienes algo que echarle en cara?

Marcos pensó en todas las atenciones de su mujer, en su abnegación celosa y en su cariño siempre igual, y quedó algo confuso.

– ¡Pues bien: nó!, contestó con acento de franqueza; de nada me quejo sino de su falta de tolerancia, de que coarta mi libertad, y... digámoslo claramente, de que me estorba. ¿A qué la conducirá esto? ¡Yo no cambiaré, porque entiendo que soy el amo!

– ¡Oh! El amo, sin duda; pero ¿por qué impones tu tiranía? ¿Por qué tratas de engañar á tu mujer á

Lilia levantó un poco la almohada en que descansaba Pepita (pág. 221)

sus propios ojos? ¡Si has de faltar, por lo menos que no lo sepa ella! Compensa con tu compasión y tus atenciones la ofensa que le infieres. Te digo que ha llorado... ¿No te importa nada eso? En este intante se halla sola y desconsolada, pensando en ti, que eres el único á quien puede amar.

Su acento de sincera probidad conmovió á Marcos, que reconoció entonces cuán indigna era la defensa que de sí mismo hacía.

– Pero si tú amaras á otra, se atrevió á decir, ¿qué harías?

– Trataría de renunciar á ella, contestó el Sr. de Francœur valerosamente, ó cuando menos, procuraría no irritar en vano los celos de mi esposa; pero en tu lugar, tendría algunos escrúpulos. Diríase que á ti te parece eso muy sencillo; mas ¿no sentiste algún remordimiento después de lo que pasó en el mirador? ¿No te avergonzaste delante de mí, que no soy más que tu amigo y no tu juez? Si yo me encontrara en tu lugar, iría ahora mismo á buscar á Lilia, que no duerme, seguro estoy de ello, pero que sin duda llo-



Ivelina de Kerjuzan

ra; desvanecería sus sospechas, aunque para ello fuese necesario mentir, y adormecería su pesar con buenas palabras. No guardaría todos mis besos para otra mujer; y cuando hubiera reconquistado su confianza sería en lo futuro más juicioso... ó más prudente.

Jamás había hablado tanto de una vez el Sr. de Francœur; Marcos le contemplaba, admirando aquel calor que partía del alma.

– ¿Lo has pensado bien?, continuó diciendo. Yo, que no leo á Tolstoi, he conservado en mi memoria esto que leí en un moralista: «el amor no muy puro se muestra algo cobarde.» ¿Estás seguro de no hacer pagar á Lilia, por ligeras malignidades, su cariño que te estorba, las mudas quejas de su tristeza y hasta las ligeras atenciones con que trata de agradarte aún y retenerte?

– ¡Ah!, exclamó Marcos, picado en lo más vivo, ¿eso crees?... Ignoraba, hermano mío, que fueras tan fuerte en psicología.

– ¡Oh, amigo mío!, repuso el coronel con una ingenuidad bastante noble, la vida es más sencilla de lo que se cree. No me tengo por un talento; eres más sabio que yo, y por eso te diré tan sólo que escuches la voz de tu conciencia.

Esta réplica fué una estocada á fondo, pronunciada con acento varonil, en el que parecía vibrar todo un pasado honroso. La indignación, largo tiempo contenida, luchaba en su interior contra la piedad; y costábale reconocer á Marcos como inferior, pues en todo tiempo y con ingenua modestia había creído en la superioridad moral é intelectual de su hermano. Aún creía en ella en aquel momento, y por eso le hacía daño semejante decadencia.

Marcos había vuelto á sentarse, pasándose por la frente su blanca mano con un movimiento maquinal. Entonces el coronel, como para dar más fuerza á sus palabras, apoyó en su hombro su ancha mano, curtida y muy pesada, y le dijo:

– ¡Vamos, un buen impulso. ¡Ve á buscarla, y haz que te perdone, lo cual será fácil, porque nada ha visto! ¡Te ama tanto! ¿Qué pide, por ventura? Ser crédula, nada más.

Marcos tenía aún la frente apoyada en su mano y no se le veían los ojos; cuando los levantó estaban turbados.

– Me desprecias un poco, dijo á su hermano en voz baja, ¿no es verdad?

El coronel trató de reirse y encogióse de hombros.

– Creo que eres un niño grande, contestó. ¡Vamos, ve á buscarla!

Marcos vacilaba, sin moverse.

– ¿Tú lo quieres?, preguntó.

– Te lo ruego.

Siguióse otra pausa, durante la cual se agitó en el alma de Marcos todo cuanto el amor propio tiene de vacilante y embarazoso; pero al fin se puso en pie con ligereza; la expresión de su rostro había cambiado.

– ¡Pues bien, dijo, allá voy!

Y añadió, como si se le olvidara alguna cosa:

– ¡Déjame que te abrace!

XII

Ya despuntaba el alba, y el Sr. de Francœur no había podido aún conciliar el sueño.

Su lecho, demasiado blando y ancho, comunicábale la sensación que se experimenta en un barco; y todos los recuerdos de los inesperados sucesos ocurridos la noche antes precisábanse para él en imágenes materiales, tangibles é intensas, como acontece cuando se siente uno agitado por la fiebre. Al mismo tiempo, cierta somnolencia las envolvía en una atmósfera confusa en que todo se mezclaba por momentos: su viaje en ferrocarril, el Viático que encontró en el campo y el rostro de su madre difunta. Veía saltar á Tigiale, aspiraba el perfume del jardín, y entonces se le aparecía la imagen de Ivelina dormida, en su encantadora gracia virginal. Todos se hallaban entregados al sueño en aquella hora: los ancianos Fabvier, las criadas, Juana y Pepita, y sus padres, reconciliados sin duda.

El coronel hubiera querido dormirse bajo aquella buena impresión, y á su vez trató de no pensar, de olvidar. Una especie de sopor le embargaba; imágenes flotantes, incoherentes, cruzaban por delante de su retina como relámpagos fugaces, larvas de pesadilla, bosquejos de ensueño; una sacudida nerviosa en los muslos produjole la ilusión de un brusco movimiento de su yegua *Coralia;* después, un dulce calor adormeció su cerebro, en el que solamente persistió una sensación de perfume... ¡Las rosas de Ivelina!...

Y su respiración hízose entonces muy tranquila é igual.

LIBRO SEGUNDO

I

El Sr. de Francœur era feliz.

Despierto desde muy temprano, corrió las cortinas y abrió los postigos de su ventana: todo tenía más frescura en aquella hora, el cielo y los bosques, los prados que exhalaban al sol sus últimos vapores violáceos y el río con su plateada superficie; un brillo de juventud vivificaba todas las cosas; respirábase bien y el ánimo y el cuerpo se sentían fuertes.

¿Había llegado la víspera ó cuándo? ¿Hacía meses ó años? Tan familiar le era ya aquel paisaje y tanta intimidad respiraba la espaciosa habitación, que podía dudarlo. A no ser por los partes recibidos el día antes de Verdún con los informes del teniente coronel, hubiera podido creer que vivía en todo tiempo en aquel tranquilo retiro, amado de todos, festejado por todos, templando sus fuerzas con el aire puro de los campos y rodeado de la ternura de los suyos. Sin embargo, habían transcurrido ya tres semanas.

Con su traje de suave franela, entreabierta la camisa rusa sobre el blanco torso, abrió la puerta sin hacer ruido y dirigióse á la sala de baños. Aunque Marcos le había ofrecido los servicios de Miguel, su ayuda de cámara, muy entendido en las operaciones de masaje, y aunque podía también valerse de Francisco, su ordenanza, para aplicarle las duchas, prefería, por pudor viril, colocarse solo bajo el aparato, bastándole dar vuelta á la llave para recibir el chorro ó la violenta lluvia. Agradábale aquella repentina sensación de frío, aquel goce atávico del veterano de los bosques, que siente estremecerse su ruda piel bajo las cataratas del cielo.

Cálida y buena le pareció, después de secarse con el esponjoso y suave paño, la ruda fricción con el duro guante, cuyos pelos al frotar la piel activan la sangre roja de las arterias y los latidos del corazón. Esto era, como decía el coronel sonriendo, someter la máquina á la presión, y aquella reacción saludable le estimulaba al punto á desplegar sus músculos y andar de prisa y largo tiempo.

Apenas se acabó de vestir, salió de su habitación. Como todas aquellas mañanas eran para él iguales, olvidábasele el día de la semana en que estaba, y según sucede á las personas metódicas, al reanudar la costumbre del paseo experimentaba una serie de impresiones constantes; la luz, la frescura y el vigor de la savia de la tierra traducíanse en él en alegre expansión, y entonces parecíale ser otro hombre. Sus pies tocaban al suelo con una fuerza elástica; sus pulmones se inflaban, y una dilatación extraordinaria de todo su ser, tal como se siente á los veinte años, persuadíale de que le bastaba querer para saltar por prados y bosques, trepar á las colinas y franquear el espacio como el ogro con las botas de siete leguas.

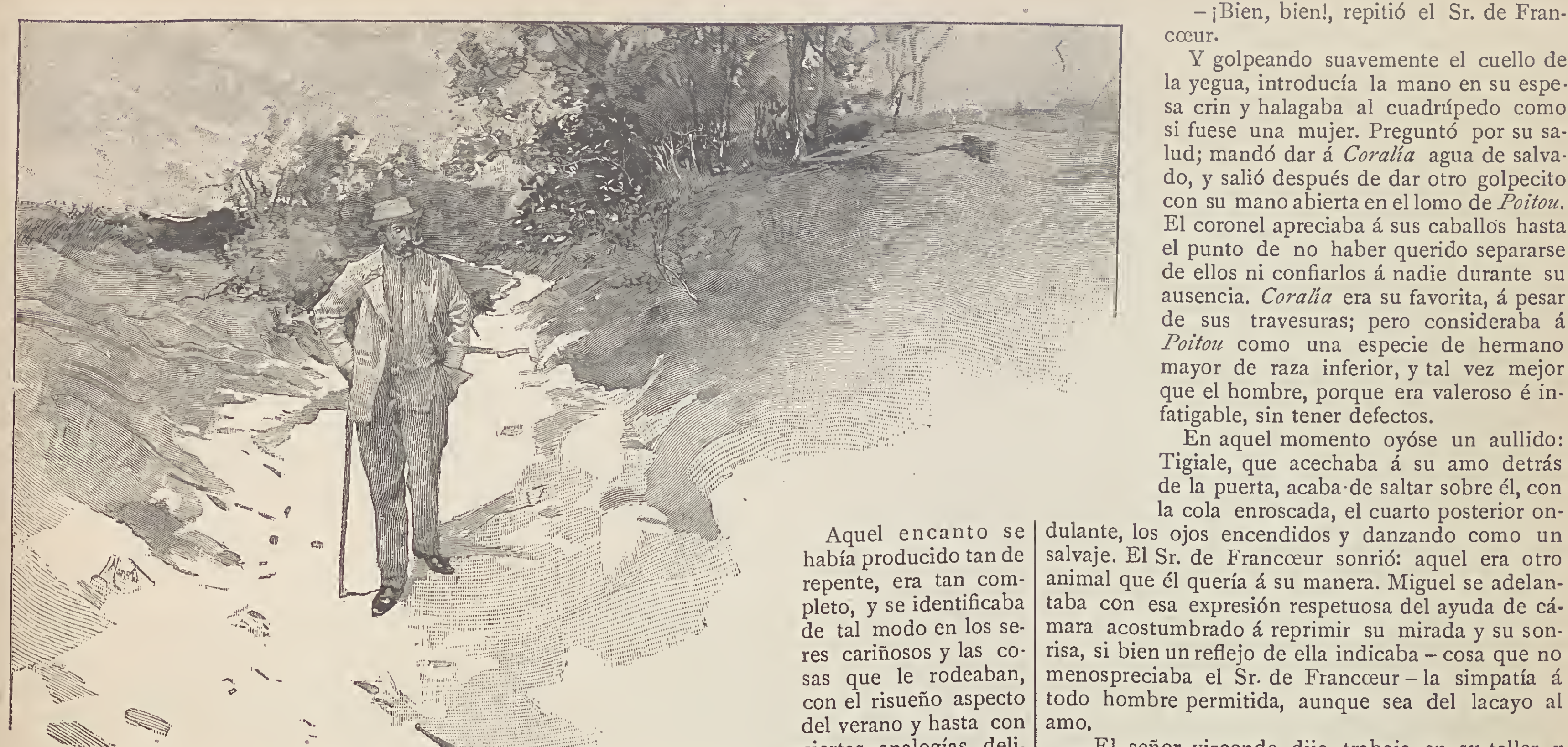
También aquella mañana comparó su vida de cada día con el buen tiempo presente. Verdún y su solitaria casa aparecían en su memoria lejos, muy lejos, y desechando las preocupaciones del oficio, el amor propio de la ambición, las ocupaciones administrativas, se olvidaba también de las comidas oficiales, que despachaba pronto y sin gusto; de las largas horas que pasaba en su casa, leyendo libros de historia ó de ténica militar, y de aquellas noches que transcurrían sin más distracción que una partida de wisth en casa de una anciana familia de magistrados, protestantes rígidos. ¡Qué monótona le parecía aquella existencia, siempre igual, lenta y triste, comparada con los agradables días, tan variados y llenos de nuevas sensaciones, de que entonces disfrutaba! ¡El Sr. de Francœur era feliz!

Echando fuera el pecho y con las mejillas teñidas de un vivo color sonrosado, el coronel aceleró su marcha maquinalmente: su corazón rebosaba de benevolencia para todo y para todos, porque pagaba el bien que le hacían, y jamás se había visto tan amado. Los Fabvier le colmaban de atenciones. Lilia era para él una tierna hermana, y Marcos, desde la borrascosa noche de su llegada, tratábale con un afecto más deferente, con ese respeto que se manifiesta á los que son fuertes y justos. La reconciliación de los esposos era obra suya. ¿Duraría? ¿Por qué no? Marcos parecía nuevamente consagrado por entero á su esposa, y ésta olvidaba, por lo menos al parecer, todas sus faltas. Las cosas, pues, marchaban bien.

Si hubiese reflexionado más, tal vez no se habría tranquilizado tanto. ¿Sabía siquiera si Marcos renunciaba de hecho á su amor ó amorío? No le había interrogado por delicadeza, interpretando en el sentido más favorable el silencio que desde entonces guardaba; pero ¿qué se oponía á que Marcos, reconciliándose con su esposa, continuara, aunque adoptando mayores precauciones, sus relaciones con la baronesa? ¿No tenía aquel beso en la sombra la gravedad de un pacto que comprometía el porvenir? Pero la confianza predominaba en el coronel por dos causas; primeramente porque, siendo sencillo como un niño, creía en el bien más que en el mal; y en segundo lugar, y sobre todo, porque un nuevo estado de su alma, imperioso y egoísta, distraía su atención y cautivábale completamente.

Desde su entrada en el jardín florido, donde se le apareció la hermosa Ivelina rodeada de rosas, estaba enamorado. En su candidez, sentíase deliciosamente invadido por una dulce embriaguez, en la cual se mezclaba la ternura por la extremada juventud de la virgen y el respeto á su pureza. Este sentimiento le había dominado desde la primera noche como una repentina fiebre de languidez; pero no sabía qué nombre dar á este mal exquisito, porque estaba enamorado sin darse de ello cuenta.

Semejante á esas mujeres honradas que han recorrido el camino de su existencia sin sucumbir porque no se les ha presentado la tentación, el Sr. de Francœur no había encontrado el amor, pues no podía dar este nombre á los vagos placeres de guarnición y á las distracciones caras y fugaces á que se entregaba cuando iba á París con licencia. El miedo de


La luz, la frescura y el vigor de la savia de la tierra traducíanse en él en alegre expansión

enajenar su libertad, una timidez instintiva, la duda de que le fuese dado hacer feliz á una mujer, el temor á una elección desgraciada y sobre todo la falta de verdadero afecto habíanle alejado siempre del matrimonio. También habían contribuído á ello las circunstancias, el hecho de haber pasado su juventud de oficial en Africa y luego en el Senegal, pues hasta que hubo llegado á una edad algo madura no se había resuelto, cediendo á las súplicas de su madre, á volver á Francia para vivir con ella.

El amor, tan tardíamente sentido, debía producir en el coronel un sentimiento enérgico al par que dulce, porque era una alegría inesperada. Si hubiera razonado sobre el estado de su alma, seguramente habría sentido inquietud, su conciencia escrupulosa habríase alarmado ante aquella pasión tardía que no era sino un camino sin salida.

Pero el coronel, inconsciente, abandonábase á la dicha de amar, tanto más, cuanto que la saboreaba sin segunda intención, sin pensar en su edad ni tampoco en el porvenir: sólo el momento presente é Ivelina llenaban su corazón.

Todas las mañanas, en aquella hora deliciosa, invocábala con una persistencia mental que no se hubiera supuesto nunca en aquel hombre bien equilibrado; durante su paseo, más pronto ó más tarde, según el curso de su meditación, pero inevitablemente, reproducíase en su espíritu la visión inmaterial: dos grandes ojos y una sonrisa.

En un principio no fué más que esto, una expresión espiritual, tan vaga, que no hubiera podido decir cuál era el color de aquellos ojos ni la forma de los labios que sonreían; después, insensiblemente, la visión se destacaba con más claridad y convertíase en mujer. Ivelina estaba radiante; llevaba el mismo vestido con que la vió en el jardín, los mismos zapatitos de cuero amarillo con lazos, y un gran sombrero de paja, que había visto llevar después. ¡Entonces era la joven una realidad viviente! Todas las mañanas la encontraba en el lindero del bosque ó cerca del sendero de los sauces; y si no llevaba consigo á Tigiale, era para no atemorizar á la joven, ó más bien para que no le distrajera de su contemplación. Ivelina iba á su lado, y cruzábanse entre los dos frases que él creía oir distintamente, por más que, como las que se escuchan en sueños, fuesen vagas é inarticuladas. La joven le acompañaba hasta la cerca del parque; aquí se desvanecía su aire sutil, volviendo á ser solamente aquella sonrisa y aquellos ojos que se representaban en su ensueño. Entonces volvía al castillo deslumbrado por el sol.

Pero aquella mañana no surgió entre los sauces ni á la sombra del bosque. Tal vez el Sr. de Francœur había meditado en demasía anticipadamente, dándose mejor cuenta de sí mismo, ó desconfiando mucho de la aparición inminente, en vez de entregarse á esa contemplación sin ideas, en medio de la cual surgía Ivelina como un rayo de sol entre la bruma del alba. Mas ¿qué importaba que no consiguiese crear la ilusión de su presencia, puesto que Ivelina estaba toda en él?

Aquel encanto se había producido tan de repente, era tan completo, y se identificaba de tal modo en los seres cariñosos y las cosas que le rodeaban, con el risueño aspecto del verano y hasta con ciertas analogías deliciosas, como el olor del heno cortado y el brillo mágico de las rosas, que el Sr. de Francœur no había despertado aún de su ilusión para volver á una realidad alarmante, como si nada fuera más natural que amar á los cuarenta y ocho años á una virgen, á una niña.

Y no se preguntaba siquiera adónde le conduciría aquella profunda é ingenua posesión de su ser. Mecíase tal vez en esa ilusión única, muy vaga, pero frecuente á toda edad, de que nunca es tarde en la vida para comenzar una nueva existencia, ver horizontes desconocidos cuando menos se esperan y hallar la dicha que no se encontró hasta entonces. Sin duda era por demás infantil todo esto; pero el coronel se asemejaba á esos marinos que han envejecido sobre el agua sin amar.

En aquel momento resonaron, de tres en tres, los débiles tañidos de la campana de la iglesia de Luzerme, que tocaba el *ángelus*; desde muy lejos contestó la de Savre, y poco después la de Jozeu. Muy melancólico y lánguido era el sonido de las campanas, que apenas se oían como cascabeles perdidos en el espacio. El Sr. de Francœur reconoció aquel canto de alondra celestial que en la hermosa mañana del domingo hablaba á su olvidada fe de niño, y detúvose para escuchar mejor. Los sonidos eran tan débiles y ligeros, que evocaban en él una idea de blancura, de pureza suprema, de alma virgen; aquellas voces angélicas perturbaron su corazón, pero tan dulcemente que no supo si algo reía ó lloraba en su interior.

II

De regreso al castillo, el coronel se dirigió hacia un pabellón nuevo, donde visitaba todas las mañanas á sus amigos, los caballos.

Varios se agitaban delante de las puertas, el cochero arrojaba al vuelo cubos de agua sobre el *break*, una de cuyas ruedas, suspendida en el aire, giraba rápidamente lanzando perlas líquidas, á la manera que un sol de fuegos artificiales despide brillantes chispas. Por las ventanas abiertas del guadarnés, donde brillaban los arneses y el níquel de las guarniciones, exhalábase un fuerte olor de barniz. El coronel penetró en la cuadra, casi obscura; dos palafreneros, con gorra escocesa, distribuían el forraje; contestó á su saludo, y después su mirada se fijó en las grupas de los caballos normandos de tiro de los Fabvier, en el alazán de Marcos y en una yegua inglesa para señora, deteniéndose después delante de *Poitou* y de *Coralía*, que ocupaban sus respectivos cajones de encina.

Acarició la grupa de su caballo de guerra, examinó el pienso, y complacióle ver con qué apetito trituraba la cebada el poderoso cuadrúpedo. Después se acercó á *Coralía*, que habiéndole reconocido apenas entró, agitábase bajo el cepillo que el ordenanza pasaba sobre sus lustrosas ancas.

–¡Bien, bien!, exclamó el coronel, acercándose al pesebre.

La yegua blanca volvió hacia él sus negros ojos, muy dulces, y su belfo sonrosado, estremeciéndose bajo la mano que le prodigaba caricias.

–¡Bien, bien!, repitió el Sr. de Francœur.

Y golpeando suavemente el cuello de la yegua, introducía la mano en su espesa crin y halagaba al cuadrúpedo como si fuese una mujer. Preguntó por su salud; mandó dar á *Coralía* agua de salvado, y salió después de dar otro golpecito con su mano abierta en el lomo de *Poitou*. El coronel apreciaba á sus caballos hasta el punto de no haber querido separarse de ellos ni confiarlos á nadie durante su ausencia. *Coralía* era su favorita, á pesar de sus travesuras; pero consideraba á *Poitou* como una especie de hermano mayor de raza inferior, y tal vez mejor que el hombre, porque era valeroso é infatigable, sin tener defectos.

En aquel momento oyóse un aullido: Tigiale, que acechaba á su amo detrás de la puerta, acaba de saltar sobre él, con la cola enroscada, el cuarto posterior ondulante, los ojos encendidos y danzando como un salvaje. El Sr. de Francœur sonrió: aquel era otro animal que él quería á su manera. Miguel se adelantaba con esa expresión respetuosa del ayuda de cámara acostumbrado á reprimir su mirada y su sonrisa, si bien un reflejo de ella indicaba – cosa que no menospreciaba el Sr. de Francœur – la simpatía á todo hombre permitida, aunque sea del lacayo al amo.

– El señor vizconde, dijo, trabaja en su taller, y ruega al señor conde que se sirva subir para almorzar con él, si es que esto no le causa molestia.

III

Por lo regular, el Sr. de Francœur se desayunaba con Marcos en la habitación de éste, no pudiendo su robusto estómago mantenerse sin alimento hasta la hora de almorzar, que no sonaba antes de las doce y media.

–¡Ven, puesto que te lo permiten!, dijo á Tigiale, que vacilaba en seguirle desde que le habían relegado á la cuadra. Era un castigo, porque se había portado mal con los gatos de la señora Fabvier, que tenía toda una familia de ellos en su aposento; la presencia del moloso había ocasionado entre ellos la perturbación y el caos, y desde entonces no se le admitía en las habitaciones de la casa; pero el taller era un terreno neutral.

Al llegar el Sr. de Francœur empujó vivamente la puerta, pero retrocedió con más presteza aún: acababa de ver, á la clara luz del sol, una mujer completamente desnuda, la modelo que Marcos copiaba tranquilamente de pie delante de un gran lienzo.

–¡Entra, entra!, exclamó al ver á su hermano; ya he concluído.

El Sr. de Francœur se adelantó con cierta cortedad, sin mirar aquel cuerpo muy blanco, que se mantenía inmóvil en una posición de ninfa de los bosques. Ni la cabeza ni la mirada de la estatua viviente se habían movido; el modelo conservaba su sonrisa, como si su desnudez no le perteneciese; pero recobró todo su pudor á una señal de Marcos indicando que levantaba la sesión; y por pronto que desapareciese detrás de un biombo, hubo tiempo para verla sonrojarse, convirtiéndose al punto su indiferencia de modelo en vergüenza de mujer sorprendida por un extraño. Sin verla, oíase cómo se vestía presurosa; y mientras estuvo allí, el Sr. de Francœur no dijo nada; entreteníase en examinar la pintura, de suave dibujo y de carnes un poco demasiado sonrosadas, aunque de un conjunto bastante delicado y armónico.

–¿No te encierras?, se atrevió á preguntar á su hermano cuando el modelo hubo salido.

Marcos, á quien la confusión de su hermano divertía, y que se había complacido en prolongarla un poco, contestó:

– Creía haber dado vuelta á la llave. ¿Será cosa de que ahora tengan miedo de algo los coroneles de coraceros?

– Advierte que yo no soy pintor, limitóse á decir el Sr. de Francœur.

Y pensaba que lo que es una necesidad para la gente del oficio no lo era forzosamente para un aficionado como Marcos; mas por otra parte, así trabajaba, y entretanto no pensaría en la baronesa, lo cual era siempre una ventaja.

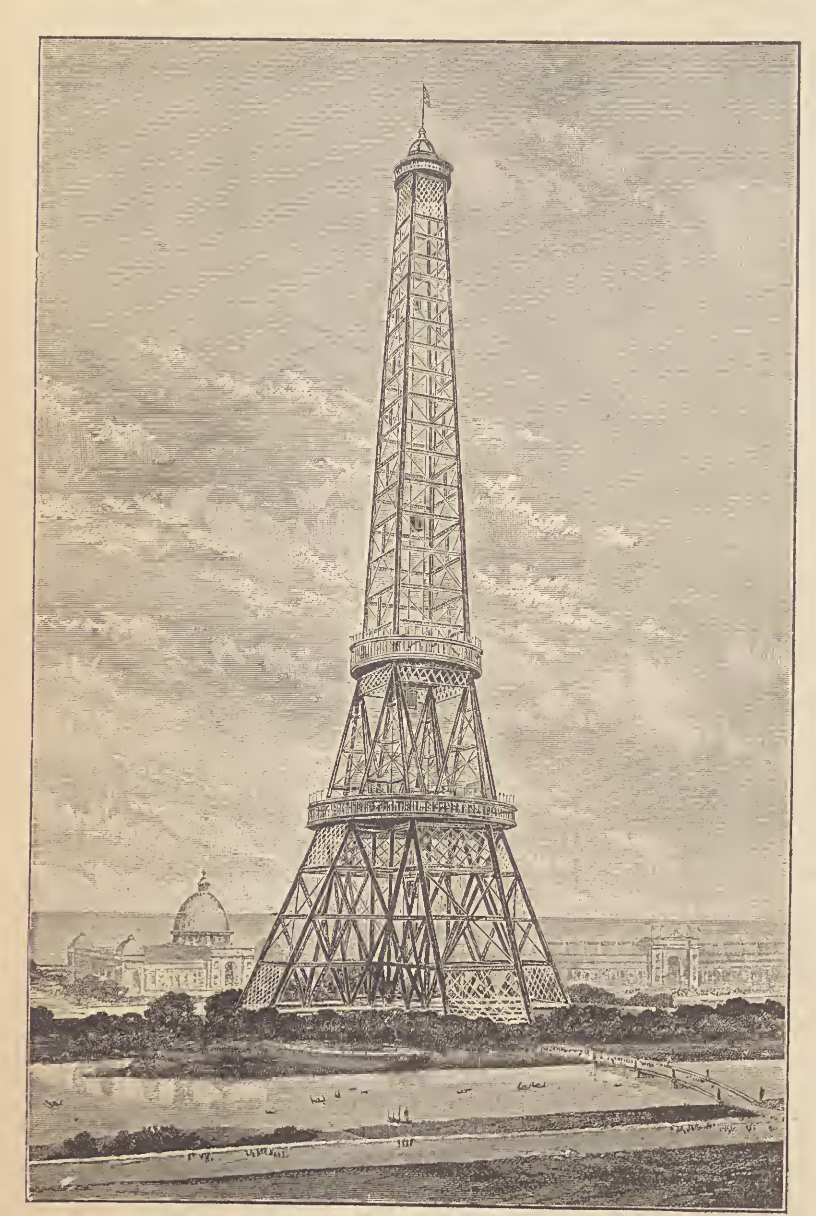
– Este trabajo es el que enviaré á la exposición, dijo Marcos; hace ya quince días que me ocupo de él afanosamente con la grata esperanza de que merecerá alguna distinción.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA TORRE COLOSAL DE LA EXPOSICION DE CHICAGO

Según dice la revista científica *Engineering*, los organizadores de la Exposición Universal con que se ha de conmemorar en Chicago el cuarto centenario



Torre de la Exposición Universal de Chicago: proyecto de G. S. Morison

del descubrimiento de América, han resuelto definitivamente la construcción de una torre colosal que se alzará en el recinto donde ha de celebrarse aquel gran certamen.

Los trabajos para su erección han comenzado ya y los realiza una sociedad particular según el proyecto de G. S. Morison, de cuya grandiosidad puede formarse concepto por el grabado que publicamos.

La torre es, como era de esperar, muy parecida en su conjunto á la torre Eiffel que tanto llamó la atención en París durante la Exposición Universal de 1889 y que aún continúa llamando la de cuantos visitan la capital de la República francesa; pero será más alta que ésta, pues su elevación total alcanzará la enorme cifra de 341 metros, y los que la visiten disfrutarán de un golpe de vista incomparablemente mejor que la que gozaban los visitantes de aquélla, dadas las condiciones del territorio en donde se levantará la torre.

Dejando aparte la altura, habrá otra diferencia notable entre ambas torres, debida al distinto sistema que el suelo arenoso y blando de Chicago ha obligado á adoptar para las fundaciones de los pilares. La resistencia del suelo de arena contra una presión lateral es muy pequeña, y de aquí que los montantes, aislados y muy separados en la torre Eiffel, hayan tenido que ser reemplazados por otros cuya dirección se aproxime más á la vertical.

La primera y la segunda plataforma se alzan á 61 y á 122 metros del suelo respectivamente, la tercera á 274.

La torre terminará en un faro rematado en un asta de bandera.

La torre propiamente dicha tendrá en su interior una segunda construcción que únicamente servirá de vía de apoyo para los ocho ascensores, en cada uno de los cuales podrán ir 50 personas.

El peso total de la torre se calcula en 11.000 toneladas, de modo que cada uno de los ocho pilares de fundamento sólo habrá de sostener 1.375.

La estructura interior será la misma que la de la torre Eiffel, y en las dos primeras plataformas habrá los correspondientes restaurants, cafés, etc. La torre de cristales que corona el monumento tendrá dos pisos, cada uno de ellos con un espacio para los que quieran gozar de la vista que desde allí se disfrutará. En las instalaciones establecidas en este último piso no tendrá entrada el público: estas instalaciones consistirán en una plataforma con rieles por donde circularán los reflectores eléctricos, en un observatorio meteorológico y en un faro.

El extremo del asta de bandera que rematará la torre se levantará á 341'60 metros sobre los cimientos.

Los ascensores podrán conducir 7.000 personas por hora.

***

LA CIENCIA PRÁCTICA

UN FONÓGRAFO DE AFICIONADO

En distintas ocasiones hemos proporcionado á los aficionados los medios de construir por sí mismos una porción de pequeños aparatos interesantes ó curiosos, pero hasta ahora no habíamos podido explicarle la manera de confeccionarse fácilmente un fonógrafo.

Hoy podemos llenar este vacío gracias á la revista *América científica*, de donde tomamos la siguiente descripción:

El fonógrafo de aficionado se compone de dos partes esenciales: una embocadura y una regla que recibe la impresión fonográfica. La embocadura A (fig. 2) lleva en su parte inferior una delgada plancha de palastro ó de hoja de lata cortada en forma de disco y fijada con cemento ó goma laca. En la cara inferior de la embocadura hay montadas dos guías por donde pasa una regla de madera F: estas guías están acanaladas en su centro para dejar paso á la plancha E fija en una de ellas por medio de dos pequeños tornillos. Cracias á la forma redondeada (poco visible en nuestro grabado) de la escotadura practicada en D puede ejercerse, apretando más ó menos uno ú otro tornillo, una presión variable de la plancha E sobre el diafragma vibrante, teniendo empero cuidado de interponer un pedacito de caucho entre la plancha y el disco para dar mayor elasticidad á la presión ejercida.

Una punta de alfiler, afilada como una aguja, va soldada á la plancha E: el centro del alfiler mira al centro del diafragma; pero las guías de la regla están dispuestas de manera que el centro del disco no coincida con el de la regla, de suerte que cambiando ésta de posición con relación á las guías, la aguja describa cuatro surcos distintos, dos en cada cara. Por medio de una gubia ordinaria de carpintero se practican cuatro ranuras en la dirección de las cuatro líneas trazadas por la punta cuando se mueve la embocadura en sentido longitudinal sobre la regla.

Las caras de ésta tienen una capa de cera de abeja para que se adhieran, y sobre ellas se aplican por presión y roce las hojas de estaño destinadas á recibir la impresión fonográfica y que de antemano han sido cortadas en tiras un poco más anchas que la distancia de las dos líneas trazadas por la punta que se desliza á lo largo de la regla. Así pegado el papel de estaño sobre la regla, se introduce ésta en las ranuras y se gradúa el trozo de punta que ha de sobresalir por medio de los dos tornillos á fin de que la aguja sólo imprima una ligera huella sobre la hoja. Entonces se hace deslizar la regla con un movimiento tan uniforme como sea posible al mismo tiempo que se habla en la embocadura. De este modo se obtiene una inscripción fonográfica que se reproduce haciendo deslizar por segunda vez la regla en el mismo sentido y con igual velocidad.

Es evidente que variando las velocidades del movimiento de la embocadura durante el período de inscripción y de reproducción puede modificarse la intensidad de las palabras pronunciadas, transformar una voz de tenor en una de bajo y realizar de este modo las mil y una fantasías á que se presta el fonógrafo más perfeccionado. La intensidad de los sonidos reproducidos puede aumentarse colocando en la embocadura un embudo de papel.

Los dibujos que reproducimos son suficientes para permitir á los aficionados algo hábiles construir este pequeño aparato ingenioso, que podrá prestar servicios útiles para la enseñanza elemental de la acústica. La escala del instrumento es proporcionada á las dimensiones que tienen las manos en el grabado que reproducimos.

***

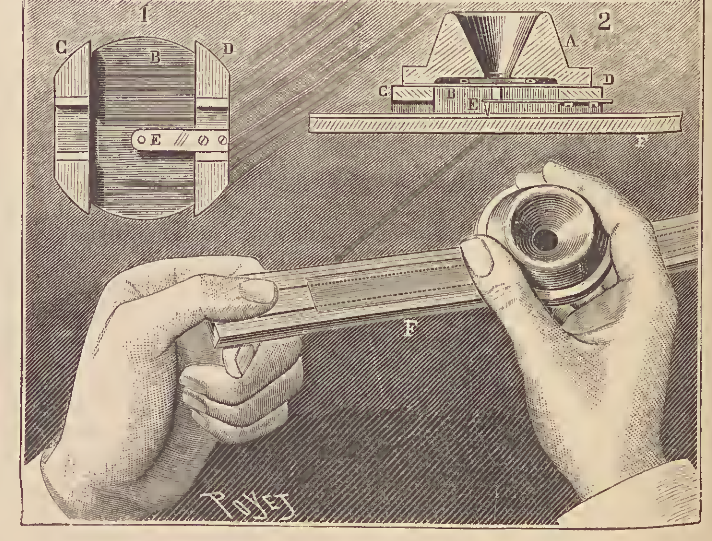
NOTICIAS VARIAS

TEMPERATURAS ALTAS. – M. Lechatelier, de la Academia de Ciencias de París, ha intentado recientemente un nuevo ensayo para determinar la temperatura del sol. Sabido es que los cálculos hasta el presente verificados dan resultados muy diferentes comprendidos entre 1.500 y 5 millones de grados, siendo estas diferencias debidas á la elección de la hipótesis adoptada para la ley de la irradiación del calórico: podíase escoger, en efecto, entre la ley de Newton, la de Dulong y la de Rossetti. La primera ha sido determinada según experimentos que abrazan un pequeño intervalo térmico; la segunda, según un intervalo calorífico de 150 grados, y la tercera según un intervalo de 300. M. Lechatelier ha realizado sus experimentos en una extensión de 1.100 grados comprendida entre las temperaturas de 700 y 1.800, y de la curva que puede representar gráficamente los resultados deduce que la temperatura del sol debe ser de unos 7.600 grados, con la salvedad de que quizás sea algo más elevada la de la atmósfera.

El propio M. Lechatelier, que es inventor de nuevos procedimientos pirométricos en extremo sensibles, los ha aplicado á medir la temperatura de algunos hornos industriales, habiendo encontrado para ella cifras muy diferentes de las comúnmente admitidas.

He aquí algunos de los nuevos puntos de fusión determinados por M. Lechatelier: del azufre 118 grados, del oro 1.045, del paladio 1.500, del platino 1.775 y del acero dulce 1.520. Según el mismo autor, la temperatura de los hornos de vidrio es de 1.045, de ladrillos 1.100 y de porcelana dura 1.370. La temperatura más alta de cuantas se han observado es la de los filamentos de las lámparas de incandescencia, que es de 1.800 grado y puede llegar hasta 2.100.

VELOCIDAD COMPARADA DE LOS TRENES. – De una obra recientemente publicada tomamos los siguientes datos relativos á la velocidad de los trenes expresos de distintas naciones: Inglaterra, media 74



La ciencia práctica. – Un fonógrafo de aficionado

á 85 kilómetros por hora, máxima 125; Francia, 65 á 80 y 120; Bélgica, 78 y 100; Holanda 72 y 90; Alemania 65 y 85; Italia 78 y 80; Austria y Rusia 60 y 66, y América 67 y 126 y aun más.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MEMORIAS DE DOS JÓVENES RECIÉN CASADAS, *por Balzac.* — Edición económica de la preciosa novela del gran escritor francés, cuyas obras ni envejecen ni pierden sus atractivos con el transcurso de tiempo. – Pascual Aguilar, Valencia. – Precio una peseta.

* * *

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por el doctor Wurtz,* traducción de *D. Vicente Peset y Cervera.* — Se han publicado los cuadernos 11 y 12 de esta importante obra que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar. Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en la librería del editor (Caballeros, 1) y en las principales de España.

* * *

EL CENTENARIO Y LA ESTATUA DE D. ALVARO DE BAZÁN, *por D. Ramiro Blanco.* — Interesante memoria en la que su autor, el secretario de la Comisión permanente del centenario, da cuenta de todo lo llevado á cabo por ésta para honrar dignamente á aquel insigne caudillo.

* * *

GUÍA DE ESPAÑA Y PORTUGAL, *por D. Eduardo Toda.* – El autor de este libro, cuya importancia no necesita encarecimiento, se revela en él no sólo como conocedor experto del arte de viajar sino como observador profundo, artista de corazón y literato de buena cepa, merced á lo cual desaparece de la *Guía* la parte rutinaria para abrir paso al sentimiento artístico, que aun dentro de los límites de una obra de este género puede manifestarse en las descripciones de las joyas que nuestra península contiene y en multitud de detalles que adquieren notable relieve cuando de ellos se apodera un escritor como el Sr. Toda. El libro, elegantemente encuadernado, lleva multitud de mapas, planos y anuncios, ha sido editado en esta por D. Enrique López y se vende en las principales librerías al precio de 10 pesetas.

* * *

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1780. Texto de *D. Augusto Comas y Blanco,* fototipias de *J. Laurent y Compañía.* – Publicación en extremo notabilísima, donde se contiene una serie de interesantes estudios de los principales artistas contemporáneos españoles, debidos á la elegante pluma del reputado crítico Sr. Comas y Blanco. Las fototipias, en número de ochenta y dos, son todas bellísimas reproducciones de los principales cuadros y esculturas que figuraron en la Exposición de 1890 y son dignas de la fama de la casa Laurent y Compañía. La obra forma un voluminoso tomo en folio mayor, elegantemente impreso en excelente papel por los Sucesores de Rivadeneyra y se vende al precio de 50 pesetas.

* * *



EL DOCTOR RAIMUNDO ANDUEZA PALACIO, presidente de los Estados Unidos de Venezuela

PRÓLOGO É INTRODUCIÓN AL NOVÍSIMO VALBUENA, *por D. José Pujal y Serra.* COMPLETÍSIMO DICCIONARIO LATINO-ESPAÑOL-ETIMOLÓGICO, *por don A. Agustín Rocagomera.* – Estudio interesantísimo de la lengua y literatura del Lacio, en el que se tratan con profundo conocimiento todas las cuestiones de origen, etimología, ortografía y pronunciación del idioma latino: el Diccionario etimológico es verdaderamente notable. Véndense el prólogo é introducción junto con el Diccionario formando un tomo de 900 páginas en la casa editorial Viuda é hijos de Esteban Pujal (Platería, 66, Barcelona) y en las principales librerías al precio de 6,50 pesetas.

* * *

PRIMERA SERIE DE VIAJES ENOLÓGICOS, *por don Ezequiel Cermuda.* – Hoy que tanto preocupa la cuestión de los vinos, merece ser leído este folleto, en donde se estudia la producción de ellos en Tokay, Medoc, Madera, Borgoña, la de la cerveza de Estrasburgo y la del celebrado licor conocido con el nombre de Chartreuse. Este estudio contiene datos muy interesantes. Véndese en las principales librerías.

* * *

WATERLOO POLÍTICO. EXAMEN CRÍTICO DE LAS PRINCIPALES TEORÍAS SOBRE QUE DESCANSA EL EDIFICIO POLÍTICO MODERNO, *por D. Ignacio Díaz Caneja,* director de *El Boletín Mercantil,* de Puerto Rico. – Obra de gran importancia, en la que con gran erudición y elevado criterio se estudian los principales problemas políticos y sociales de nuestros tiempos. Los pedidos á las oficinas de *El Boletín Mercantil* (Fortaleza, 24 y 26, Puerto Rico).

* * *

¡SIGA LA FIESTA!, *por Luis Taboada.* – Es de los libros que no necesitan recomendaciones: la mejor que podría hacerse de él, está á la vista de todos; es el nombre de su autor, niño con razón mimado del público, que nunca podrá pagarle, por muchos ejemplares de sus obras que le compre, los ratos deliciosos que le proporciona con sus artículos inimitables. Los dibujos, de A. Pons, rivalizan en gracia con el texto. – Fernando Fe, Madrid, editor. – Precio 3,50 pesetas. Véndese en las principales librerías.

* * *

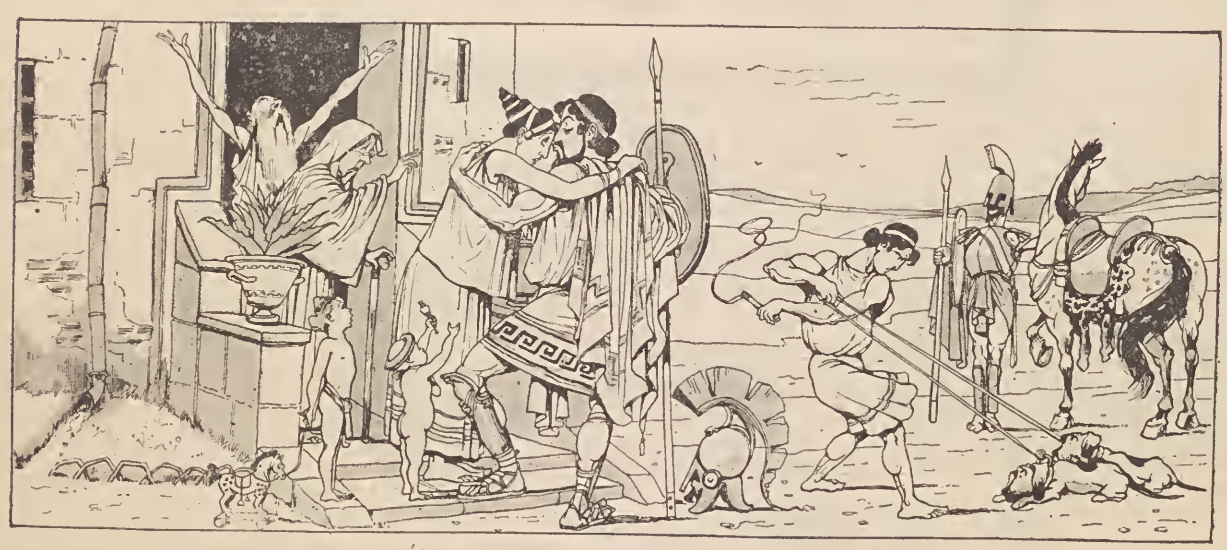
MANUAL DEL PINTOR AL LAVADO Y Á LA AGUADA, traducción de *D. Enrique Jiménez y Granada.* – Obra de suma utilidad para los pintores y aficionados á la pintura. – Pascual Aguilar, Valencia, editor. – Precio 1'25 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XI — Barcelona 11 de abril de 1892 — Núm. 537

UNA PARTIDA DE CAZA



1

UNA PARTIDA DE CAZA



2



3

UNA PARTIDA DE CAZA



4